



Dr. Plinio

Publicación Mensual Vol. VII - Nº 79 Noviembre de 2024



Uniendo el Cielo a la Tierra

Extraordinario alpinismo

Bart Pirns (CC3.0)

Montañas nevadas
del Tirol, Austria

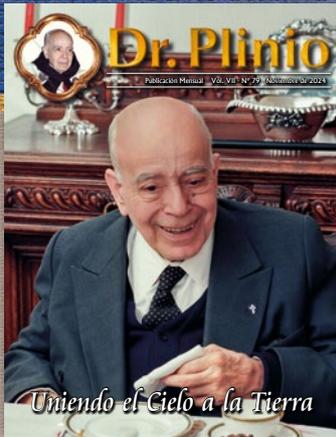
Vencer los montes, ¡qué linda proeza! Sí, un hombre es capaz de ser valiente para escalar montañas, pero no frente a una opción en su vida o de un raciocinio con la firmeza y la claridad con que lo hace el católico cuando se pone en la escuela de Nuestro Señor Jesucristo.

La gran cumbre a escalar, el alpinismo extraordinario para emprender está dentro de nosotros. La belleza de nuestra vida consiste en tener en nuestro interior inmensas montañas magníficamente nevadas, de cuyas faldas penden abismos terribles; debemos ser los alpinistas de nosotros mismos. Al crearnos, Dios tuvo un designio para cada uno de nosotros, con vistas a que alcanzásemos un grado de virtud y ocupásemos en el Cielo un determinado trono. ¡El verdadero alpinismo es escalar de virtud en virtud hasta conquistar ese trono y ahí cantar las glorias de Dios por toda la eternidad!

(Extraído de conferencia del 03/05/1986)

Sumario

Vol. VII - No. 79 Noviembre de 2024



En la portada, el Dr. Plinio, en su apartamento, en julio de 1983.'

Foto: Archivo Revista

Las materias extraídas de exposiciones verbales del Dr. Plinio — designadas como “conferencias” — son adaptadas al lenguaje escrito, sin revisión del autor

Dr. Plinio

Revista Mensual de Cultura Católica

Director:

Roberto Kasuo Takayanagi

Consejo Consultivo:

Antonio Rodrigues Ferreira
Jorge Eduardo G. Koury

Redacción:

Traducida de la edición brasileña y editada en Colombia por PRODENAL con las debidas autorizaciones de la Editora Retornarei Ltda. de San Pablo - Brasil

* * * * *

PRODENAL

Carrera 13 No. 75-20 Apto. 701
Tel (57 1) 312 0585
Bogotá - Colombia
prodenal@gmail.com

Para obtener la versión digital de números anteriores, ir a:
<http://caballerosdelavirgen.org/articulo/revista-dr-plinio>

Plinio Corrêa de Oliveira

San Pablo – Brasil
13/XII/1908 – † 3/X/1995
Pensador y escritor católico

- 2 **SEGUNDA PÁGINA**
Extraordinario alpinismo
- 4 **EDITORIAL**
Instaurando una Cristiandad “califorme”
- 5 **PIEDAD PLINIANA**
Las vírgenes fieles y las vírgenes locas
- 6 **DOÑA LUCILLA**
El suave fin de Doña Lucilia
- 8 **REFLEXIONES TEOLÓGICAS**
O mais empolgante espetáculo da História
- 14 **ECO FIDELÍSIMO DE LA IGLESIA**
El espectáculo más deslumbrante de la Historia
- 24 **SANTORAL**
Santos de Noviembre
- 26 **DR. PLINIO COMENTA...**
Nada se pierde en La Iglesia
- 30 **HAGIOGRAFÍA**
Sólo ama el bien quien odia al mal
- 33 **APÓSTOL DEL PULCHRUM**
El más bello de los panoramas
- 36 **ÚLTIMA PÁGINA**
Perfecta armonía



Instaurando una Cristiandad “cœliforme”

En el universo que conocemos y con el cual tenemos un contacto continuo – por lo tanto, excluyendo los ángeles que no hacen parte de nuestro universo visible – lo más elevado que existe es el alma humana.

La experiencia muestra que cuando tenemos amigos en quienes podemos confiar plenamente, a los cuales estamos vinculados por una afinidad de alma completa, ya sea por la identidad de doctrinas y de convicciones, ya sea por una armonía de las semejanzas y diferencias psicológicas que hacen la relación agradable, interesante y variada, sobre todo afinidad en el servicio a principios más altos, están puestas las condiciones ideales para tener una convivencia de alma muy grande, en la cual encontramos lo más agradable que puede haber para la naturaleza humana.

Por cierto, se puede decir que una convivencia así es muy rara. Pero, cuando se realiza, realmente es el mayor deleite posible en esta tierra.

El modo como se suele imaginar el cielo es corrientemente muy influenciado por imágenes de santos de estilo sulpiciano, con esto de singular: parecen mostrar almas sin características psicológicas propias. Así, ya sea Santa Dorotea, Santa Hildegarda o Santa Teresa, son representadas con la misma ausencia de personalidad.

Eso lleva a preguntarnos cómo será la relación de esas personas en el cielo, pues a primera vista se tiene la impresión de algo sin ningún sabor, dado que varios de los requisitos de una relación humana perfecta no existen, lo que contribuye a presentar del Paraíso una imagen poco atrayente.

Podemos imaginar la convivencia de almas afines en el Paraíso, tal vez entre personas de siglos diferentes, pero modeladas por la providencia de Dios mucho más para formar un grupo en el cielo que en función de su existencia en la tierra.

Esas personas, conviviendo entre sí, poseen una felicidad, en el orden de lo creado, la más completa posible. Pero más perfecta todavía, por estar gozando de la visión beatífica y comentar lo que están contemplando de Dios, el Divino Panorama, que se deja ver de maneras infinitamente variadas por almas afines, las cuales sienten del mismo modo. Con eso, ellas gozan de una felicidad inimaginable. Así, ¡el ideal de felicidad de la tierra se realiza en el cielo de un modo fantástico, maravilloso!

En la Edad Media, lo que se dio fue algo muy inferior al cielo empíreo, pero en ese mismo orden. Las almas tenían esa consonancia profunda, esa virtud, la fe las unía verdaderamente, se amaban, no solo por encima de los límites que las dividían en el campo social, sino inclusive por causa de esos límites: cada frontera social era un título para el amor y no para el odio.

Todo eso gana mucha relevancia si es considerado a la luz de lo que San Luis Grignon de Montfort dice respecto al Reino de María, donde las almas santas, comparadas a las de los siglos anteriores, serán como cedros del Líbano en comparación con arbustos. Por tanto, la convivencia, la densidad y la realidad de la Cristiandad van a ser mucho mayores de lo que fueron en la Edad Media, pues habrá una presencia de la gracia en las almas especialmente propia a constituir una sociedad lo más parecida posible con el cielo empíreo.

Por esto estamos trabajando: para, en oposición a la Revolución “sataniforme” o “inferiforme” –modelada según satanás o los infernos–, instaurar una Cristiandad “cœliforme”. Este objetivo está contenido en nuestros ideales y lo realiza por entero. ¡Es el rumbo hacia dónde camina el *élan*¹ de nuestras almas!²

1) *Élan*: en francés, ímpetu.

2) Cf Conferencia del 21/5/1989.



DECLARACIÓN: *Conformándonos con los decretos del Sumo Pontífice Urbano VIII, del 13 de marzo de 1625 y del 5 de junio de 1631, declaramos no querer anticipar el juicio de la Santa Iglesia en el empleo de palabras o en la apreciación de los hechos edificantes publicados en esta revista. En nuestra intención, los títulos elogiosos no tienen otro sentido sino el ordinario, y en todo nos sometemos, con filial amor, a las decisiones de la Santa Iglesia.*



Luis C. R. Abreu

Las vírgenes fieles y las vírgenes locas

Las vírgenes locas no se prepararon; las fieles, sí. ¿Desde cuándo estaban preparadas? La parábola no lo dice. Supongamos que algunas lo estuviesen desde el primer instante y se fueron quintaesenciando hasta la llegada del Esposo. ¡Oh, bienaventuradas!

Algunas, por otro lado, ¿se atrasaron? Seguramente. ¿Cómo, entonces, estaban listas cuando el Esposo llegó? La misericordia bajó sobre ellas; y porque estaban humilladas y arrepentidas, el aceite se renovó en sus lámparas.

¡Nuestra Señora de los humillados y contritos!

¡Nuestra Señora de los hijos que confían!

¡Nuestra Señora, Madre de Misericordia!

¡Ruega por nosotros!

(Anotaciones del Dr. Plinio. Domingo de la Pasión de 1981)

DOÑA LUCILIA



Fotos: Archivo Revista

El suave fin de Doña Lucilia

Cuando el Dr. Plinio aún convalecía de la crisis de diabetes, un dolor más vino a asomarse en su horizonte: la separación de su extremosa madre, Doña Lucilia. En vísperas de completar 92 años, ella falleció suave y serenamente, después de trazar sobre sí una gran Señal de la Cruz.

La muerte de Doña Lucilia sucedió así:
Los últimos momentos

Estaba con mi madre almorzando en el comedor de nuestro apartamento. Aún me encontraba en vías de completar el restablecimiento de la crisis de diabetes, y ella, muy anciana, con casi 92 años, ya no presentaba una lucidez completa. Conversábamos a solas, intercambiando unas palabras como era posible, muy lentamente; ella se entretenía, me miraba fijamente y procuraba acompañar lo que yo decía.

En esa comida, en la tranquilidad de la casa, la muerte se presentó. A cierta altura, ella comenzó a sentirse incómoda, con la sensación de tener, alrededor de su cuello, algodones que le quitaban el aire, y quería que alguien los removiese. En reali-



dad, no había algodones. Percibí inmediatamente que se trataba de algo grave, aunque el médico la había examinado recientemente y encontrado su corazón en condiciones normales para aquella edad.

Llamé enseguida a una especie de enfermera o dama de compañía que la acompañaba. Esta señora me ayudó a ponerla en la silla de ruedas y, conduciéndola al cuarto, la ayudó a acostarse. Comenzaba el fin de la vida de mi madre...

Convocamos inmediatamente al médico, el cual, analizando la situación, me susurró: "Ella llegó al fin; de repente el corazón quedó en pésimas condiciones... ¡Con 92 años! Ud. debe prepararse para lo que va a suceder."

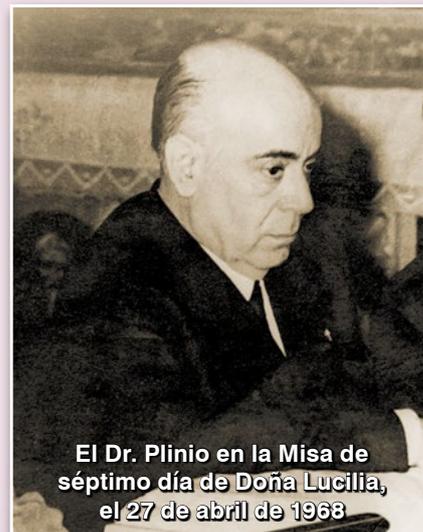
Mi madre estaba con una crisis cardíaca fuertísima y falta de respiración.

En la noche acabó recomponiéndose un poco, y yo, aún muy y muy débil, me fui a recoger para descansar.

Gloriosa Señal de la Cruz

A la mañana siguiente, tan pronto me desperté, pregunté por ella. Me avisaron que el médico había pasado la noche asistiéndola y que ella iba aguantando. Tomé el desayuno, leí un poquito el periódico con la intención de enseguida ir a verla, cuando me informaron que ella estaba *in extremis*.

Aún en aquel tiempo yo andaba con una especie de muletas. Me le-



El Dr. Plinio en la Misa de séptimo día de Doña Lucilia, el 27 de abril de 1968



Aspectos de la hacienda de Amparo

Enfrentando la muerte de la madre

Cuando me estaba preparando, la tristeza de repente desapareció de mi alma y tuve una tranquilidad y una serenidad extraordinarias, a pesar del dolor.

Fui al saloncito rosado de casa, donde estaba expuesto el cuerpo. Comenzaron a llegar personas de la familia y relaciones. Más tarde ella fue enterrada.

Acompañé el féretro hasta la puerta del Cementerio de la Consolación, no bajé para acompañar el cuerpo, porque mis condiciones no permitían por causa de la amputación. Di una vuelta en el automóvil y volví a casa.

Entré... Era la primera vez que yo encontraba la casa sin su dueña. ¿Qué pude hacer? Recostarme, rezar, adormecer... La vida continuó.

A la mañana siguiente fui a la hacienda del Éremo¹ del Amparo de Nuestra Señora. Hasta entonces todavía no había salido de São Paulo andando de muletas. De allá volví solo para la Misa de séptimo día. ❖

(Extraído de conferencia del 11/8/1984)

1) En portugués, eremitorio, lugar donde viven eremitas.



Pasé el resto del día al lado de su cama rezando, conversando, procurando consolarla, a pesar del tormento que sentía al verla padecer falta de aire. ¡En medio de aquella asfixia, ella se mantenía en una calma que me dejaba pasmado! Miraba siempre al frente, con una resolución admirable. Notaba que ella tenía conciencia de que estaba muriendo y veía la muerte que llegaba; pero veía también que el Cielo se aproximaba.

vanté como pude y fui a su cuarto, contiguo al mío. Cuando llegué, el doctor me dijo: "Ella murió".

El médico explicó que, súbitamente, su corazón perdió el vigor y ella sintió que llegaba la muerte. Ella sabía que yo todavía estaba muy enfermo y tuvo tanta delicadeza que no me mandó a llamar. Como médico, él no pudo mantenerle la vida, y ella falleció. Antes de morir, hizo un gran y resolutivo "en el Nombre del Padre", de arriba de la cabeza hasta abajo, en el pecho, y con la gloriosa Señal de la Cruz, murió.

Yo entré... ¿qué pude hacer? No sé hacía cuántas décadas yo no lloraba. ¡En esa ocasión lloré copiosamente, caudalosamente...! Después me fui a mi cuarto, hice la *toilette*, me preparé para quedarme haciendo guardia al cuerpo mientras estuviese en casa, y después acompañarlo al cementerio.



El espectáculo más deslumbrante de la Historia

Resurrección de los muertos - Iglesia de Santa María, Tarraça, España

En el Juicio Final, todos los hombres ya estarán muertos y juzgados individualmente, excepto un puñado de elegidos, especialmente amados por Nuestra Señora. Ellos habrán sufrido tanto que Dios los eximirá de morir en el fin del mundo y presenciarán el espectáculo más deslumbrante de toda la Historia.

¿Cuál es el significado más profundo del Juicio Final? A través de esta pregunta podremos comprender mejor cómo debemos representarlo a nuestros ojos.

Todos estarán juzgados

Sin lugar a duda, el Juicio Final será el acontecimiento más deslumbrante de la Historia, comparable únicamente a las escenas de la vida de Nuestro Señor Jesucristo. En él tendrá lugar la

resurrección de los muertos y esto tiene un significado especial.

El Cordero de Dios quería morir y murió. Nuestra Señora tuvo una muerte que la Iglesia, con su incomparable lenguaje, llama la “dormición” de la Bienaventurada Virgen María, porque fue tan leve que acaeció como un ligero sueño.

Todos los hombres habrán muerto para el tiempo del Juicio Final, excepto un pequeño grupo especialmente amado por Nuestra Señora, que ha-

brán sufrido tanto que Dios los eximirá de morir. Ellos serán testigos del fin y de la reanudación de todas las cosas, y tendrán ante sí los espectáculos más emocionantes de toda la Historia.

Las gentes de todas las épocas históricas, excepto este último puñado de elegidos, ya habrán sido juzgados en su juicio particular y, por lo tanto, ya tendrán sus destinos determinados. Esos últimos, que no morirán, serán confirmados en gracia y ya no podrán pecar.

Completa justicia para los cuerpos y las almas

Cuando el hombre muere, su cadáver sufre una desintegración y se descompone. Debido a este final inevitable, el cuerpo termina por no sufrir todos los castigos que merecía, porque fue un instrumento para el pecado, ni recibe todos los goces y alegrías, por haber favorecido la práctica de la virtud. Por lo tanto, es necesario que haya una resurrección para que el cuerpo se asocie con el destino eterno del alma. Así, los bienaventurados estarán con sus cuerpos disfrutando de la felicidad eterna en el Cielo; los réprobos sufrirán tormentos corporales indescriptibles en el infierno por toda la eternidad.

Es necesario que sean quemados el cuerpo que disfrutó del placer infame de la impureza, la lengua que sirvió de instrumento para la mentira y la calumnia, los ojos que se usaron para lanzar odio, para mentir y lisonjear, o para ver cosas impuras, los oídos que se deleitaron al escuchar doctrinas falsas, músicas lascivas o alabanzas inmoderadas de sí mismo. No habrá porción del cuerpo del réprobo que no esté inundada de dolor eternamente.

El cuerpo de los bienaventurados, sin embargo, será inundado de felicidad y bienestar. El cuerpo, por lo tanto, debe ser recompensado o castigado.

Delante de Dios ofendido y glorificado

Ciertos hombres practicaron pecados ocultos; otros cometieron pecados escandalosos, que se dieron a conocer y arrastraron a muchas personas al infierno. Todos serán castigados.

También, y principalmente, las virtudes practicadas, a veces en secreto, serán recompensadas. ¡Cuántos actos de abnegación que nadie ha conocido, cuántas pruebas de fidelidad, de heroísmo o de bondad que los hombres han visto y no han apreciado, o

no han presenciado, pero los Ángeles del Cielo han admirado y, dirigiéndose a la Virgen, le han dicho: “¡Madre nuestra, recompénsalo aún más!”

¡Cuánto juicio erróneo hacen los hombres unos de otros, cuánta amistad, indiferencia u odio inmerecidos!

Tiene que haber un acto por el cual, en presencia del Dios ofendido o glorificado, y de toda la humanidad, pública y oficialmente, se proclame la Historia del mundo y aquilaten todos los actos de virtud y todos los pecados. Y en la aclamación de los ángeles y de los bienaventurados, sean proclamados los méritos de cada uno, incluso de la persona más modesta. De los más grandes pecadores o de los más modestos, se repudien los defectos. Se hará justicia delante de todos.

Espléndida solemnidad y el más terrible rechazo

Todavía hay algo más terrible. Así como el hombre abandonado por su

propia madre se encuentra en el peor de los abandonos, así Nuestra Señora mirará a los condenados con frialdad o, peor aún, con repulsa... ¿cómo se puede concebir la mirada indignada de María? Volviéndose hacia alguien, dirá: “¡Has ofendido a mi Hijo! ¡Te rechazo! ¡Te desecho! ¡En mi corazón no hay lugar para ti! Hubo espacio, pero lo rechazaste y mi corazón se abrió para otros. ¡El lugar que estaba destinado para ti ha sido dado a otros! ¡Vete al castigo eterno!”

Es necesario que el juicio se lleve a cabo para que la justicia sea completa. Y por esta razón, para que se descubra a los ojos de todos, el valor de los méritos y la abominación de los pecados será necesario que cada acto y cada acontecimiento con respecto al fin del mundo esté revestido de la más esplendorosa solemnidad. ¿Por qué? Porque la solemnidad realza todo: en la alegría, lo lleva a su apogeo; en la severidad, aplasta y atormenta aún más a quien debe ser torturado.



Dormición de la Santísima Virgen - Museo de Bellas Artes, Valencia

Flávio Lourenço



En el día del Juicio, una sensación similar a la de una expedición a la Antártida

Flávio Lourenço

Admitidas como hipótesis por doctores y santos, no debemos impresionarnos ante estas escenas grandiosas que la fe nos hace vislumbrar y que nos dan una idea del fin del mundo.

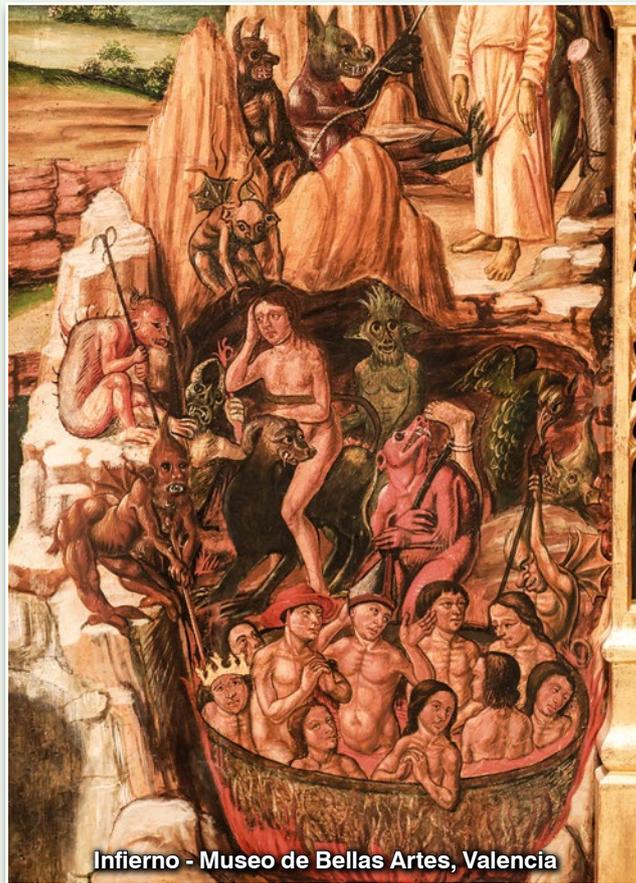
Recuerdo haber tenido una idea sobre este tema leyendo en una revista llamada “*Geographic Magazine*” la historia de una expedición al Polo Antártico, que pasó por lugares en los que, según todos los indicios, nunca había estado ningún hombre.

Allí encontraron la soledad de la naturaleza. Todo era helado, blanco, aparentemente sin vida. El blanco es un color admirable en ciertas circunstancias, pero horrible en otras; en el quirófano de un hospital, por ejemplo. Una superficie blanca que se mira y solo hay hielo hasta donde alcanza la vista, es desoladora.

Un día, los participantes de la expedición miraron al suelo y vieron una capa de hielo transparente, a través de la cual vislumbraron enormes cardúmenes de camarones rosados que circulaban por debajo de ese mar.

Tuve la impresión de que, en la soledad de ese lugar, donde ningún hombre había pisado, debían sentirse como caminando de la mano de Dios, porque todo estaba intacto como cuando Él lo creó. Nadie había pecado allí ni practicado actos de virtud. En aquel espacio de tierra se cernía solo la mirada y la providencia divinas.

El silencio, la soledad, la noción de que la vida humana e incluso la vida animal no existen en ese lugar,



Infierno - Museo de Bellas Artes, Valencia

naturalmente causan una impresión tremenda.

Bueno, tendremos un sentimiento semejante el día que resucitemos. Cuando los últimos hombres buenos hayan bebido su última gota de hiel de la copa inconmensurablemente grande, cuando el último acto de la Historia humana haya terminado, llegará el momento en que el Juez divino vendrá a juzgar.

Un cuadro que representa el fin del mundo

Hay una famosa pintura que representa una escena minutos antes de que comience el fin del mundo: la tierra desolada, un pequeño grupo de hombres rezando alrededor de un sacerdote que está celebrando Misa. En el Cielo, Dios, Nuestra Señora, los Ángeles y los Bienaventurados, todos esperan que concluya la Misa para finalizar la Historia.

Considero magnífica esa concepción. La Misa es la renovación incruenta del Santo Sacrificio del Calvario. Por eso, es espléndido, es magnífico que la Providencia espere a que termine la última misa para que la Historia del mundo se declare concluida. ¡Considero que esto es extraordinario!

En un momento dado, los hombres se dan cuenta de que algo grande va a suceder: toda la naturaleza se desestabiliza, se desajusta y un gran cambio se prepara a su alrededor. Soplan vientos extraños, no es apenas una tormenta o un terremoto, es algo más sutil e imponderable.

Sienten que presencias magníficas e impalpables recorren como luces misteriosas este mundo en el que el sol ya se habrá oscurecido, la luna ya no se verá, las luces del cielo se habrán apagado.

Al clamor de una voz prodigiosa

De repente, en medio del silencio general, se oye una voz, cuyo timbre es comparable a un maravilloso y poderoso toque de trompeta: “¡Resucitad!” Según ciertos autores, esta orden será dada por un Arcángel. Otros sostienen que será Nuestro Señor Jesucristo mismo quien gritará, con inefable dulzura e infinita severidad, repercutiendo por todas partes y hablando.

Sorpresas que hacen regocijar

Podemos conjeturar que, entre el momento de la resurrección de los muertos y la venida de Nuestro Señor Jesucristo, haya algunos instantes de agradables o desagradables sorpresas. Tal vez dos bienaventurados se saluden, y uno le diga al otro: “¡Me

salvé!” Ambos miran a un tercero y comprueban que fue condenado...

Y así habrá sucesivos inesperados: “Aquel que yo creía tan bueno, no se salvó...” O bien: “Ese otro por el que sentía cierto desinterés, ¡me superó en perfección! ¡Cómo soy pequeño en relación con él! ¡Dios mío, qué extraordinario! ¡Él está maravilloso! Lo consideré ignorante, pero veo que está en un nivel superior, contemplando a Dios y conociéndolo insondablemente más que yo. De hecho, lo único que tiene importancia es saber de Él y amarlo”.

“Sobre ese otro brilla una luz especial. ¡Es uno de los predilectos! Hay en él un brillo incomparable. ¿Cuál será? ¡Ah..., entiendo! Fue muy devoto de Nuestra Señora y se esforzó por difundir la devoción a María en todas las formas y en todas partes. ¡Ella lo acogió con su amor particular!

“Como Nuestra Señora es la Mediadora de todas las Gracias, quien está más cerca de Ella está más cerca de Dios, porque no hay otro modo de aproximarse a Él sino a través de Ella. Por lo tanto, el que tanto la amó está en una cercanía indescriptible de Dios”.

El cortejo más bello de la Historia

En un momento dado, todo se pone en orden, los cielos se vuelven cada vez más espléndidos, iluminados; la bóveda celeste, tan azul, comienza a mostrar fisuras –que imagino en forma de ojivas– de las que emergen luces y empiezan a descender cánticos. Ha llegado la hora elegida por la Providencia para el juicio final. ¡Desciende finalmente el Hijo de Dios!

En este punto, Santo Tomás de Aquino plan-

tea un problema muy interesante, refutando una mentalidad equivocada que considera el ceremonial como una manifestación de frivolidad de espíritu: la distancia que hay entre el Cielo y la Tierra es enorme. Ahora sabemos que nuestro Rey viene a juzgarnos. ¿Qué sería apropiado, entonces? ¿Que los hombres fuesen a su encuentro y Él apareciese acompañado de su santísima Madre y sus ángeles? O, por el contrario, ¿sería conveniente que lo esperasen en tierra, reverentes, entusiastas, consumidos por la devoción, pero al mismo tiempo inmovilizados por el respeto? ¿Descenderá Dios o los hombres subirán hasta Él? Santo Tomás resuelve el caso maravillosamente.

Mientras Nuestro Señor esté descendiendo, también comenzará a subir la enorme procesión de los justos, según la virtud que han practicado; y desde el suelo, los condenados protestarán y se retorcerán.

¡Qué hermoso e indescriptible debe ser el encuentro entre los justos

resucitados y Nuestro Señor Jesucristo!

Se presume que algunos de los hombres que vivan durante el fin del mundo no pasan por la muerte; de hecho, me los imagino siendo los más devotos de Nuestra Señora a lo largo de la Historia. Todo esto no es más que imaginación, pero es concebible que tales hombres estén en el centro de ese cortejo, porque fueron ellos los que sufrieron y bebieron las últimas gotas de hiel de la Historia, lloraron las últimas lágrimas que los ojos humanos estaban llamados a llorar, dieron los últimos gemidos que de pechos humanos debían elevarse hacia Dios. ¡Se levantan como héroes!

Ahora bien, al menos yo, no puedo imaginar cómo sería la ceremonia de este encuentro en el Cielo, cómo Nuestro Señor miraría a cada uno y viceversa. Porque cuando la Historia del mundo haya terminado, quedará concluida la Historia de la salvación de los hombres. Los tronos que los

demonios dejaron vacíos en el cielo serán usados, la obra divina quedará completa, y lo que Dios tenía en mente cuando lo creó todo finalmente se habrá cumplido.

A partir de entonces, Dios contemplará su obra en paz, con esa grandeza y majestad que la Biblia nos dice en el Génesis, que, terminada la obra de la creación, en el séptimo día Dios descansó (cf. Gn 2, 3). De la misma manera, mirará hacia el fin de la Historia y, por así decirlo, comenzará su gran descanso.

¡Qué fiesta! ¡Qué pruebas de amor! ¡Qué manifestaciones! ¡Qué sonrisas y bendiciones de Nuestra Señora!



Juicio Universal - Catedral de Burgos



María Santísima y los hombres-ley estarán al lado del Juez

No basta con sufrir mucho para que alguien sea premiado. Hay que haber sufrido con gran generosidad de alma. Ahora bien, en el Antiguo Testamento, el profeta-rey gimió con un gemido profético, presagiando al Redentor: “No hay nada intacto en mis huesos. No hay parte sana en mi carne” (*Sal 37, 4.7*).

¡Lo trituraron por entero! Nadie brilló jamás en la generosidad del sufrimiento como Nuestro Señor Jesucristo; pues bien, este será el esplendor del Hombre-Dios en el fin del mundo.

¿Y cómo se presentará Nuestra Señora? Ella es la Reina de los Mártires, sin embargo, no fue mártir, porque Nuestro Señor quiso demostrar su amor por Ella de esta manera: ¡El sufrió todo, pero no permitió que tocaran a su madre! ¿Cómo, entonces, es Ella la Reina de los Mártires? Porque sufrió por nosotros, en su alma, dolores verdaderamente indescriptibles, y en un alma como la de Ella, tales dolores suponen sufrimientos mucho mayores que los corporales.

Pues bien, veremos, tal vez, a través de su pecho virginal y materno,

su Corazón Sapiencial e Inmaculado, cuyas pulsaciones recuerdan el dolor sufrido en lo alto del Calvario, pero también las alegrías de la Pascua de Resurrección.

Finalmente, Nuestro Señor bajará a la tierra y, junto a Él, estarán unos hombres misteriosos sentados en tronos a su derecha e izquierda. Estos serán los conjueces que Santo Tomás llama hombres-ley, porque su presencia recuerda y sirve de ley a los demás.

Habrán un silencio enorme, hasta los cánticos cesarán. Nuestro Señor Jesucristo, después de pasar revista a las virtudes y defectos de todos, concluirá como Juez Omnipotente, Omnisciente, deseoso de aplicar su decreto eterno. ¡Él atrae a su derecha a los justos, a quienes amó, y a los impíos los envía al infierno! Así, el Juicio Universal completará el Juicio Particular.

La Tierra, lugar de peregrinación

Se organizará el cortejo ascendente rumbo al cielo y, finalmente, los Ángeles conducirán a los justos junto a Dios. ¿Y qué pasará con la Tierra? ¿Cómo, desde el cielo, la considerarán los hombres, los ánge-

les y Dios mismo? Será vista como un lugar de peregrinación.

Imaginemos, por ejemplo, que desde lo alto de un avión sobrevoláramos Tierra Santa, y un experto en historia de las Cruzadas o en Historia Sagrada nos dijera: “¿Están viendo? Este es el Monte Carmelo. Allí Elías recibió la primera profecía acerca de Nuestra Señora. La pequeña nube, que más tarde se hizo inmensa e hizo llover el agua regeneradora, presagió a la Virgen María, de quien nacería la fuente de gracias que es Nuestro Señor Jesucristo”.

“Más adelante está el lugar donde Elías mató a los cuatrocientos sacerdotes de Baal. Más allá está el palacio del rey Acab y la reina Jezabel, por cuya persecución el profeta tuvo que huir al desierto. Allí está la playa donde la ballena arribó y expulsó a Jonas, que salió de allí tambaleando...”

El supuesto guía destacaría, sobre todo, los pasos del Divino Maestro: “Allí, Nuestro Señor dijo tal pasaje que aparece en el Evangelio, más adelante, realizó tal curación. Aquel era el Pretorio de Pilato, donde se proclamó el *Ecce Homo* y donde tuvo lugar la flagelación. Allí cayó el Redentor la primera vez, en aquel otro lugar, la segunda; allí cayó por tercera vez. El lugar exacto donde fue crucificado está allí...”

“Más adelante, Godofredo de Bouillon tuvo una gran prueba, hasta el punto de arrojarse, llorar y rezar. ¡Pero él tomó su espada y continuó el camino! ¡Aquel es su itinerario, miren! Ese es el punto de la muralla de Jerusalén por donde entró...”

Así veríamos toda la historia de las Cruzadas: “En aquel lugar verán, en Egipto, donde fue la prisión de San Luis IX. En pocos mi-



Santos en el Cielo - Monasterio de San Cugat, España



San Elías - Catedral de Autun, Francia

nutos estaremos sobrevolando Túnez, y allí pondrán ver el lugar donde murió San Luis, tendido en el suelo, en señal de humildad, con tifus, sufriendo y reprochándose a sí mismo, por considerarse culpable del fracaso de la Cruzada. Pero los ángeles no pensaban como él; ienseguida el santo Rey murió, una miríada celestial vino a recoger su alma para llevarla al Cielo!”

Estos lugares comienzan a brillar ante nuestros ojos. Los Ángeles cantan sinfonías y visitan constantemente estos lugares, sin tener que abstenerse de la visión beatífica. ¡Cómo nos gustaría ver todo esto!

La historia del Infierno también continuará: los ángeles darán órdenes a las sustancias impuras, fétidas y desagradables que resten sobre la tierra para que sean arrojadas al infierno y así atormentar aún más a los réprobos. Es el basurero del mundo y de la Historia. Todo cae allá y esa puerta se cierra para siempre. ¡Se acabó!

La Doctrina Católica nos enseña lo que también afirma la ciencia: el cuerpo del hombre tiene que ocupar un lugar. No hay cuerpo o materia que subsista fuera de un lugar determinado.

Por otro lado, el cuerpo humano que ha sido instrumento para practicar la virtud debe estar inundado de bienestar, así como el alma estará inunda de alegría a la vista de Dios. ¿Cómo el cuerpo del hombre va a tener esa alegría?

Hay una parte del Paraíso que se llama el Cielo Empíreo. Allí, todos los hombres que se salven tendrán sus cuerpos en un bien-

Un fuego purificador barrerá toda la tierra y consumirá todo lo que esté vivo, según algunos teólogos. Otros, por el contrario, admiten que al menos la naturaleza vegetal continuará. Es algo discutible. Tengo cierta simpatía por la idea de que la naturaleza vegetal continúe, me parece más razonable, aunque es una opinión personal. No hay ninguna doctrina definida por la Iglesia a este respecto.

El Cielo empíreo y sus delicias eternas

¿Sólo esto les sucederá a los hombres?

tar y una alegría extraordinarios, en una naturaleza fabulosa. Así que es un lugar físico e inmenso.

Según algunas revelaciones, el Cielo Empíreo está formado por lugares maravillosos, palacios y hermosas ciudades, todas hechas de piedras preciosas, con un aire magnífico; todo capaz de inundar de alegría al hombre. Y como el hombre va viendo cosas nuevas en Dios, el Cielo Empíreo va haciendo un comentario para el cuerpo.

Los ángeles, a su vez, utilizando la materia del Cielo Empíreo como un músico podría utilizar un instrumento para tocar hermosas melodías, producirán sonidos, colores, aromas diversos, dándose a conocer por este medio. Así conversaremos con los ángeles en este lugar iluminado de gloria. ❖

(Extraído de conferencia del 19/01/1983)



El Dr. Plinio en 1983

La inevitable realidad de la muerte



Nada es tan incierto para el hombre como el día de su muerte; nada es más seguro para él que la certeza de que morirá. Con la intención de beneficiar a sus hijos espirituales y darles una perspectiva sobrenatural sobre el tema, el Dr. Plinio expone algunas verdades y hechos que envuelven este misterioso y temible acontecimiento.

Muerte de Francisco I
Iglesia de Santiago,
Amberes, Bélgica

¿Qué provecho hay en hacer una reflexión sobre la muerte? La utilidad, mucha gente la negará. Dirán que considerar tal asunto puede tensar los nervios, producir desequilibrio en las almas, traer tristeza e inquietud. Y que, por lo tanto, es totalmente desaconsejable, aún más para personas jóvenes. ¿Esto es verdad?

Ilusión de obtener una felicidad terrena

Si así fuera, Dios no sería Dios o, al menos, habría cometido un error. Porque Él—que con perfecta sabiduría creó el universo de tal manera que el hombre no se cansa de estudiarlo y de encantarse por él—, quiso poner señales de la muerte por todas partes. Puso la enfermedad, la lucha, el sufrimiento.

Como consecuencia del pecado original, el hombre se enfrenta a toda clase de dificultades. A todo momento oímos hablar de personas que se suicidan, y prefieren lanzarse en el abismo sombrío de la muerte, que aguantar la vida, de tal manera les es pesada.

La existencia humana se presenta llena de dolor, tendiendo, de hecho, a la muerte. Una vida difícil y dura, sobre la cual la educación moderna miente tanto como puede, al joven y después al adulto e incluso al anciano.

El hombre creado en la atmósfera moderna es puesto en la ilusión de que la felicidad en esta Tierra es una cosa alcanzable: se crea el mito del individuo atractivo y afortunado, que nació bien constituido, bien dotado, que logra por medio de pequeñas mañas y artimañas lo necesario para llegar a ser feliz.

Es la clase de hombres “vacunados” contra la desgracia.

La enfermedad y la muerte no les alcanzan, la pobreza no les pone trampas; a ellos la calumnia no les apuñala por la espalda, la incompreensión de los demás no los obliga a adentrarse por el camino del aislamiento y la melancolía. Nada les pasará, serán felices.

En el remotísimo tiempo de mi infancia, toda la atmósfera que rodeaba a un niño le daba la idea de un camino rumbo a la felicidad: las habitaciones infantiles estaban empa-

ladas con colores alegres, las camas tenían una laca clara y las mesitas estaban cubiertas con tapas de vidrio sobrepuestas a tejidos adornados con flores y pajaritos. Había cuadros que representaban niños jugando en una naturaleza maravillosa, revistas mostrando coches, aviones, castillos, paseos y diversiones, y todo parecía decir al niño: “¡Serás feliz, serás feliz, serás feliz...!”

En un determinado momento, sin embargo, comenzaron las sorpresas desagradables. Y estas fueron cayendo, en mi infancia “rosada y azul celeste”, como tiros de bomba!

Decreto de muerte en la punta del termómetro

Por una enfermedad que me causaba fiebres altas tuve que quedarme en cama, y leí un librito muy ilustrado y lindo, contando la historia de un niño de mi edad que había muerto. Un ángel tomaba su alma en el hospital y la llevaba al lugar donde permanecería para siempre: un cielo medio pagano y extraño, y no el cielo definitivamente verdadero, anunciado por la Iglesia Católica.

Este niño, llevado por el ángel, sobrevolaba la pequeña ciudad donde había nacido y la casa en que había vivido; veía a su propia madre, la habitación con los juguetes y un pequeño estanque con un patito que le había pertenecido; el perrito del vecino, el carricoche del panadero y el árbol donde jugaba, del que todavía colgaban algunas frutas que no había tenido tiempo de recoger... En fin, todas las cosas de la vida, de las que se destacaba, iban quedando cada vez más lejos y él partía hacia lo desconocido.

Mi enfermedad era tan insignificante que mamá me de-



Ángel de la Guarda - Catedral de Prato, Italia



jó leer este libro durante la convalecencia.

Pero tenía una noción infantil de que, a medida que la fiebre subiese, podía llegar a un punto en el que yo moriría. Entonces, me sentía a pocos pasos de la muerte y miraba al termómetro para ver si llegaba el momento. Para mí, el decreto de la muerte estaba en la punta del termómetro... Son sustos de la infancia. Cuando la fiebre subía a 38 o 39, yo, pensando que las personas no pueden soportar más de 41 grados, decía: “Estoy a dos pasos, a dos grados... ¡Me va a pasar lo que le pasó a ese niño! y si algún ángel me lleva, ¿empieza a sobrevolar la Alameda Barão de Limeira y veo esto y aquello...?”

¡Eso era lancinante para mí! Antes que nada, por la idea de dejar a mamá. Si me dijeran que iría conmigo al Cielo, ni siquiera miraría hacia abajo, pero... ¿y si ella no fuera? ¿Cómo me las arreglaría en el Cielo sin ella? La idea de la muerte me daba miedo.

Era una catástrofe y un desastre. Tenía un gran deseo de no morir y me quedaba muy angustiado pensando en el tal librito, pero sin la menor revuelta o inconformidad, pues pensaba: “¡Es un derecho de Dios, pues soy una persona insignificante, de la

que Él puede disponer como quiera! Eso está en el orden de las cosas y, si Él desea que así suceda, tengo que adaptarme de todos modos.”

La fiebre seguía altísima y yo me preguntaba: “¿Entonces, voy a estar con Dios? Es lo que no sé... ¿Soy lo bastante bueno para ser acogido por Él? ¿Cómo es esto? ¿Adónde voy? ¡Qué apuro! ¿Esta fiebre no baja?” En dado momento, la fiebre bajó. Me olvidé del niño de la historia y la idea de la muerte quedó a un lado.

Problemas que los niños a veces se ponen: “¿Vale la pena vivir?, ¿Vale la pena ser como esos que están ahí? ¿Por qué vivir y pasar por todo esto? ¿No valdría la pena morir?” Todos pasan por estos problemas. ¡Comienza la vida y es una batalla!

Niño ahogado en el Río Tieté

Había en São Paulo un muchacho de quince o dieciséis años, a quien conocía. Siendo un experto en natación, pertenecía al Club Tietê, ubicado a orillas del río del mismo nombre, el cual era muy limpio en aquellos tiempos remotos.

Un día, una persona vino a darme una noticia:

—¿Sabes que fulano murió?

Le pregunté:

—Pero ¿cómo?

—Estaba en perfecta salud y, el sábado por la tarde, fue a nadar al Club Tietê. Subió a un trampolín, jugando con los amigos, se lanzó de arriba y se hundió directamente. Todos pensaron que había buceado de buena manera y, como tardaba en salir, hubo bromas generalizadas: “¡Qué resistencia tiene!”

Pero, después de unos minutos, una vez que no aparecía, avisaron a la dirección del club. Entonces enviaron nadadores a buscar al muchacho, y enseguida fue traído a la superficie: era un cadáver.

Tal vez se golpeó la cabeza en el fondo del río. La familia notó que él llegaba tarde para cenar y de repente recibió una llamada telefónica: ¡murió! El cuerpo fue llevado a una morgue para ser examinado y así verificar la causa de su muerte.

Exclamé:

—¡Entonces, los jóvenes también mueren!

—¡Oh, sí! como cualquiera...

Mi interlocutor, persona de bastante edad, bostezó y me dio una mirada maliciosa, como quien decía: “¿Crees que la muerte no te alcanzará? Ella está más cerca de mí, pero también puedes ser alcanzado por sus garras en cualquier momento...”

Pensé: “La idea de que puedo morir en cualquier momento consuela a este hombre, quien siempre afirma quererme bien... Me doy cuenta de que él tiene alegría en mirarme y notar que, a mi corta edad, ¡ya estoy sintiendo el roce de los dedos de la muerte!”

Por relaciones de sociedad, tuve que asistir al velatorio y vi al joven estirado, con el mentón atado por una venda y los pies atados por una cinta. La lámpara de la sala estaba cubierta con un crespón negro y su madre lloraba. Reflexioné: “¿Y si eso me pasara a mí...? ¿Y si fuera mi madre la que estuviera aquí, llorando? ¡Yo puedo morir!”



Club de regatas Tieté en el siglo XX

Muerte de un amigo

Poco tiempo después, en un período de vacaciones, recibí la noticia de que otro niño había muerto trágicamente.

Estaba solo, jugando en el jardín cuando vi a mi madre bajar las escaleras exteriores de la casa y dirigirse hacia mí con mirada de piedad, bondad y mucha compasión, queriendo complacerme especialmente. Fui inmediatamente hacia ella y, entonces, con el cuidado de quien me iba a contar algo que podría entristecerme, me dijo:

—Hijo mío, vas a pasar por una situación que aún no conoces.

Permanecí en silencio y ella continuó:

—¿Sabes quién está muy grave? Pensé que era alguien de su generación y dije, con cierta indiferencia:

—No

—¿Recuerdas aquel chico así, amigo tuyo?

Era un compañero del Colegio San Luis, aproximadamente de mi edad.

Respondí:

—Sí, me acuerdo.

—Está desahuciado por los médicos y va a morir

—Pero, ¿cómo? ¿Qué pasó?

—Él jugaba en casa, con varios amigos entre los cuales un primo, algo desequilibrado. La broma se convirtió en pelea y este primo, tomando una pequeña tijera de cortar uñas que había encontrado sobre un mueble, envistió contra él y le clavó una de las puntas cerca de la ceja de uno de los ojos. A pesar de que no sea muy profundo, esa herida no sería nada, pero resulta que, evidentemente, las tijeras no estaban desinfectadas y el resultado fue una infección pavorosa, cuya propagación los



Los ahogados - Museo de Bellas Artes de Arrás, Francia

medios no pudieron contener. Recé por él.

En aquel tiempo los antibióticos no estaban tan desarrollados. Los médicos dieron por perdido al niño, porque su organismo estaba reaccionando mal, con fiebre alta y delirios...

Mamá también me dijo:

—Es la primera vez que muere una persona cercana a ti. Así que tienes que prepararte para sentir los reflejos de la muerte.

Ella me hablaba con mucho cariño, pero, naturalmente, la idea de la muerte me impresionó y me vinieron al espíritu las siguientes preguntas: “Y yo, quien por todas partes encuentro antipatías, ¿no puedo de repente, recibir una tijera en cada ojo? ¿Qué me puede suceder? ¡Morir! ¡Qué horror! ¡La muerte puede agarrarme de un momento a otro! Y, ¿adónde me llevará?”

Cuando nos olvidamos de la muerte, de vez en cuando ella hace sonar una clarinada en nuestros oídos. Clarinada fúnebre que parece más una risa de calavera que un toque de clarín, como quien dice: “Estoy aquí. Si no te agarro ahora, quedas sabiendo cómo es mi cara y como es mi risa, porque más tarde te agarro. Un día... ¡Ajá! ¡te atraparé!”

¡Es indiscutible! un día nos atraparé.

En la enfermedad del croup, primera visita de la muerte

He recibido, por el momento, tres visitas de la muerte.

En la primera tenía nueve o diez años, y ella no había visitado a nadie más cercano para que yo viera morir a otro; me visitó a mí. Tuve entonces una primera idea de cómo es el estado del hombre que va a morir.

Una mañana, recuerdo que me desperté muy débil, casi sin fuerzas para sentarme en la cama. Inmediatamente llamé a mamá. Y cuando vino, le dije con voz embargada:

—Mi bien, no me levanto ahora porque me estoy siento muy mal.

—¿Qué sientes, hijo mío?

—Un dolor de garganta horrible.

Me hizo abrir la boca y notó una inflamación horrible en mi garganta, pero no me dijo nada. Solo mandó a alguien a lavarme y llevarme de vuelta a la cama. Una empleada vino después a traerme el desayuno, pues, gracias a Dios, nunca me faltó el apetito y, incluso en esa situación, para comer ¡estaba dispuesto! Pero me sentía tan mal que casi me arras-



traba... Mamá, entonces, hizo traer el juguete de las “grandes circunstancias” para distraerme y lo puso sobre mi cama: la gran caja que representa una aldea francesa para ser armada por los niños. Y dijo:

—Ve jugando aquí mientras llamo al médico.

Me senté y ya no estaba pensando mucho en la enfermedad, aunque respiraba miserablemente mal. En cierto momento, tuve la sensación de un vacío que me invadió; me di cuenta de estar, de repente, privado de la fuerza necesaria para permanecer sentado e intenté por todos los medios aferrarme a algo para no caer de espaldas y no entregarme a la enfermedad. Me agarré a las rejas de la cama en ambos lados, creyendo poder resistir, pero sentí que mis brazos también se dejaban llevar de ese misterioso vacío. Mis manos se abrieron y caí sobre la almohada, gritando:

—¡Mamá! ¡Mamá!

Ella vino corriendo y poco después estaba el Dr. Murtinho Noble en mi habitación. Me examinó, no comentó nada delante de mí, salió del cuarto con mamá y explicó:

—Doña Lucília, Plinio tiene un crup —o angina diftérica— y puede morir...

Se trataba de una infección frecuente en niños, la cual hace que la garganta se hinche de tal manera que termina obstruyendo la respiración y el enfermo muere por asfixia. ¡Mi madre estaba acongojada de susto! Su primera precaución fue mantenerme en cama indefinidamente y la segunda consistió en prohibir a los otros niños de la familia entrar en mi habitación, ya que la enfermedad era contagiosa y amenazaba con propagarse entre ellos.

Mamá podría perfectamente contratar a una enfermera para que me

Archivo Revista



cuidara, pues siendo muy enferma del hígado, si ella contraía el crup seguramente moriría; pero ella no quiso saber en absoluto ni se preocupó de buscar una enfermera, desde el principio hasta el final del tratamiento!

Escuché en la habitación contigua una discusión muy viva entre mamá y mis tías, respecto a mi estado de salud. En aquel tiempo, las familias eran muy unidas y, cuando alguien enfermaba, comparecían las hermanas, las cuñadas y otros miembros de la familia. Una de mis tías tenía un cuñado —que, por cierto, murió cuando yo era aún pequeño— que era profesor en la Facultad de Medicina y excelente otorrinolaringólogo. Ella entonces dijo:

—¡Mira, la opinión de mi cuñado es que Plinio tiene que ser operado!

Mamá, que no deseaba la operación, preguntó:

—¿Por qué?

—Este Murtinho es un charlatán, pues la homeopatía es charlatanería y sería ridículo querer curar a Plinio por medio de ella. ¡Si no llamas a mi cuñado, tu niño va a morir!

—Voy a ver. Agradézcale a su cuñado por la opinión y la gentileza.

Escuchando su conversación, pensé: “No quiero esta operación dolorosa, pero... ¿Y si muero de repente? ¿No vale la pena soportar el dolor? Vamos a ver lo que deciden...”

Así permanecía en la expectativa de ver entrar a alguien con una tenaza de dentista para cortarme la garganta... Mamá dudó, pues comprendió el fundamento del razonamiento de mi tía: para tratar un pequeño dolor de garganta, la homeopatía estaba bien, pero ante una enfermedad violentísima, que podía matarme de un momento a otro, ¿no era mejor llamar a un médico que resolviese el

caso por la cirugía? Ciertamente rezo y luego llamó al médico, diciendo:

—Dr. Murtinho, tengo mucho miedo y confieso con franqueza: aunque yo deposite en usted y en la homeopatía la confianza que usted conoce, está en juego la vida de mi hijo. Estoy sufriendo toda la presión de la familia para llamar a médico alópata. ¿Qué me dice Ud. a ese respecto?

—Dele a Plinio tales medicamentos y no se asuste: la fiebre todavía va a subir, y si el remedio hace efecto, él en cierto momento expulsará de la garganta una membrana infectada y estará curado. Poco antes de las tres de la tarde, esté con una toalla en su regazo para recibir esa membrana. Después, mande inmediatamente a una de las criadas a llevar ese paño a la huerta y que lo entierren bien profundo. ¡Es necesario

tener un hueco ya listo, pues se trata de algo muy contagioso, y si Ud. lo pone en cualquier otro lugar de la casa, contaminará a alguien! Si hasta las tres él no expulsa la membrana, puede llamar al médico alópata que desee. Este hará una operación dolorosísima y peligrosa en la garganta del niño, y no está garantizado que él se salve. Ud. es su madre y hará lo que desee. Le sugiero que espere hasta esa hora.

Ella, entonces, mandó a abrir una especie de pequeña “tumba” para ese efecto en el quintal de la casa, entre las coles y los tallos de maíz. Todo eso sucedió en la mañana; yo no había oído la conversación, y solo noté que mi madre había resuelto tratarme con homeopatía. Ella entraba en el cuarto andando en la punta de los pies, con una sonrisa de afecto, sosteniendo un vaso en la mano y diciendo:

–Hijito mío, llegó la hora de tomar el remedio.

Y comenzaba, entonces, a darme ciertos medicamentos en gotas y pequeñas pastillas, uno de los cuales, me acuerdo, llamado *tarantula cubensis* –según parece, extraído de alguna araña– y yo pensaba: “¡Pero esto es tan insignificante, que ni siquiera es remedio! ¡Voy a empeorar cada vez más!” Sin embargo, como yo depositaba en mi madre una confianza total, concluía: “¡Bueno, si ella quiere, voy a tomármelo!”

Ella sabía que yo sentía dolor al ingerirlo, pero lo hacía entrar en mi garganta de tal modo, que la suavidad de su trato compensaba mi sufrimiento físico. Siempre observador, a pesar de la fiebre, de la dificultad de tragar y de la debilidad llevada hasta la evanescencia, yo no dejaba de sentir su actitud: la bienquerencia, la compasión y la pena. Pues mi aflicción era asumida por ella enteramente, dándome a entender lo siguiente: “Vamos a atravesar esto juntos”. Ella

sufrió mucho más que yo, en la previsión de lo que podría suceder.

Tanto cuanto eso pueda estar explícito en la mente de un niño, en la cual las analogías son al mismo tiempo vivaces e imprecisas, yo pensaba confusamente: “Ella es para mí lo que esa agua fresca está siendo para mi enfermedad: un refrigerio. Yo me siento enteramente refrigerado en su compañía. ¡Si mi madre es mi abogada en el juicio de Dios, todo está arreglado!”



Archivo Revista

Terrible sensación de la muerte

El médico me animaba a comer y a dormir lo máximo posible, para que mi organismo resistiera. ¡Pero me desperté de la siesta peor que nunca! Comencé entonces a mostrar los síntomas de una situación grave: no tenía ánimo para moverme, no había posición en que me acomodase y, a veces, ya ni siquiera sabía quién era

yo... Tal vez fuesen los temibles 41 grados de aquella fiebre que se apoderaba de mí.

Aproximadamente a las tres de la tarde, perdí el contacto con el mundo exterior y me parecía haber caído en el caos. Entonces tuve la sensación de la muerte: comencé a patallar por la imposibilidad de respirar, con estertores en todo el cuerpo y con la idea de que el fin había llegado. Quise hablar y gritar llamando a mi madre, pero no lo logré. Ella, con pavor, permanecía cerca de mí.

En cierto momento, di señales de querer expeler alguna cosa y eyecté, entonces, la tal membrana en una toalla de rostro colocada sobre el regazo de mi madre. ¡Ella quedó contentísima!

¡La criada tiró la toalla en el lugar indicado y la cubrió con tierra, para que los microbios se las arreglasen allá como pudiesen! Gracias a Dios, ni mi madre ni ella se contagiaron de nada.

Después de haberme ayudado a recomponerme un tanto, mi madre llamó por teléfono al médico:

–¡Doctor Murтинho!

–Es Doña Lucilia, ¿no?



El Dr. Antonio Murтинho de Sousa Nobre

Divulgación (CC3.0)



–¡Sí!

–No necesita decirme nada más, pues su voz alegre ya me dice todo: Ud. está contenta porque Plinio expulsó la membrana. Ahora no hay más peligro. Conserve al niño en la cama por dos o tres días más, vaya alimentándolo y el asunto está resuelto.

Muy lentamente, sentí la vida volviendo: miraba hacia los bordes de la cama, comencé a moverme, pero aún no conseguía sentarme. ¡Ni de lejos pensaba en la caja con mi aldea francesa! ¡Cómo era hondo el “pozo” en el cual yo había entrado! ¡Qué cosa terrible!

En la noche ya me encontraba mejor y muy alegre, pues no me iría aquella vez al Cielo; ¡por el contrario, continuaba con mi madre! Al tercer día, ya estaba restablecido y en libertad.

Cuadro grave, crisis de diabetes

Me lancé en la batalla de la vida y no pensé más en la posibilidad de morir. Cuando yo tenía 59 años, sin embargo, la muerte me visitó una vez más...

Era el año 1967. Yo fui sintiendo el desorden que invadía mi organismo, la fiebre que subía, pero sentía también cierta resistencia; dentro de mí había una lucha intensa... los médicos me examinaron y diagnosticaron inmediatamente un cuadro grave de diabetes, con glucosa cinco veces por encima de lo normal.

Resolvieron llamar a un cirujano de cierta fama, perito en pie diabético: el Dr. Abid Bouabci. Después de examinarme, él me dijo:

–Doctor Plinio, es una necesidad urgente una intervención quirúrgica en el hospital.

Y yo estaba tan debilitado y tan confuso, que no imaginé qué pudiese ser. Y dije:

–Bueno, entonces vamos al hospital.

Me dirigí al Hospital Sirio-libanés, fui conducido a la sala de operaciones: dormí, y cuando me desperté, estaba en el cuarto, sintiéndome aliviado, pero al mismo tiempo percibiendo que la situación era seria y el resultado incierto. A cada momento pasaba un médico o un enfermero para certificar cómo estaba yo.

Solo días después supe lo que ocurrió: habían amputado cuatro dedos de los pies.

Con el paso del tiempo me recuperé, estoy vivo y desde entonces he trabajado bien. No obstante, sé que después de la operación, una parte de mi ser ya cayó en la muerte; veo también que, por el progreso de la edad, la muerte se acerca a mí. ¡Así es la vida!

Como un ave de rapiña

A inicios de 1975, después de tener una última conversación con un miembro del Grupo, entré en un lindo automóvil Mercedes-Benz color vino tinto.

Me senté en el banco de adelante y tuve un extraño presentimiento: “De repente hay un choque y muero por estar aquí adelante... Voy a dormir y, ¿quién sabe si me despertaré herido o, tal vez, delante del juicio de Dios?”

Pero después pensé: “¡No se debe dar importancia a esas impresiones!”

Me senté, recé y dormí. Cuando me desperté, estaba en un hospital, después de un terrible accidente. Muchos vehículos pasaron por el lugar del accidente, pero nadie se ofreció a socorrerme. Yo estaba privado de los sentidos, con un trauma horrible en la cabeza, el cual me privaba de la noción íntegra y clara de la realidad; ¡no sabía qué había pasado, padecía dolores tremendos, me sentía aturdido, fuera de mí!

Después supe que a una de las personas que pasaron por allá y se le pidió ayuda, hizo el comentario –quiere suponer que no me conocía–: “Dejen a ese viejito. Él ya está prácticamente muerto y ustedes se están tomando ese trabajo para salvarlo. ¡Llamen a una funeraria, que ella resuelve el caso!”

Uno de los recuerdos más antiguos que tengo de ese hecho es el de ser transportado del Hospital de



El Dr. Plinio en la década de 1960



Automóvil del Dr. Plinio después del accidente el 3 de febrero de 1975

propia naturaleza humana. Todos los hombres mueren. Nuestro Señor Jesucristo, Hombre Dios, murió. Nuestra Señora, la Virgen Inmaculada!, concebida sin pecado original, quiso pasar por los dolores de la muerte. ¿Por qué, entonces, yo no he de morir? Si hay algo de lo cual estoy seguro es de que moriré.

Alguien dirá: “Pero Elías, que fue arrebatado en un carro de fuego, ¿no escapó de la muerte?” ¡No! Él vive hace tres mil años, presumiblemente al lado de Enoc. Sin embargo, él ha de morir. Únicamente su espera es más larga que la nuestra, ¡pero

Jundiaí al Hospital Santa Catarina, en São Paulo.

Es terrible la impresión que tenemos cuando rozamos con la muerte. ¡Ella cae sobre nosotros inopinadamente, como un buitre, y de repente nos lleva! Es como un ave de rapiña que comienza a revolotear y lentamente viene bajando sobre nosotros, cuyo picotazo nos liquida. La vemos aproximarse... “morimos” mil veces con miedo de morir, y el “ave” sube de nuevo. Cuando vuelve a bajar, no sabemos qué escoger: que ella acabe con esa tortura, o sobrevuele nuevamente y tengamos unos meses más, un año de vida... Ese es el tormento en que se encuentra el hombre en esta Tierra.



El Dr. Plinio durante el período de convalecencia, después del accidente del 3 de febrero de 1975

La única certeza: todos moriremos

Yo quise hacer esas descripciones, porque sé que muchos pasaron raspando por la muerte: perdieron padre, madre, hermano, parientes. Casi todos ya perdieron colegas, amigos. Algunos vieron gente muerta en la calle; otros habrán estado a punto de morir y la muerte quizás habrá pasado sus “dedos” fríos por la frente. ¡Por más jóvenes que sean, eso es así!

Ahora bien, ¿por qué Dios dispuso que la muerte se nos presentase de este modo? ¿Él lo habría hecho solamente para castigarnos? Pero ¿por qué castigarnos?

Tomemos a un niño de seis, siete, ocho, diez años, como yo era cuando tuve difteria. Yo tengo la certeza de no haber cometido ningún pecado mortal hasta ese entonces. Así, ¿a cambio de qué un castigo de esos?

Hay una respuesta que satisface completamente y tiene su raíz en la

mucho más feliz, porque está confirmado en gracia y, muriendo, tiene la certeza apaciguadora de ir al Cielo! ¡Pero aquella sombra lo acompaña: un día morirá!

La muerte, la mayor moralizadora para el hombre

Todos los hombres saben que pueden fallecer en cualquier momento, muchos saben por la Doctrina Católica y creen que pueden con-



denarse al Infierno y, a pesar de eso, no cambian de vida. ¡Cuánta gente podría convertirse pensando en la muerte!

San Francisco de Borja era un Grande de España. Él era noble, Duque de Gandía, lugar en el cual era considerado como un pequeño rey. Era un personaje muy importante de la Corte del Emperador Carlos V, Rey de España, y tenía muy buena amistad con la Emperatriz Isabel, primera dama de la Cristiandad, así como el Emperador del Sacro Imperio Romano Alemán era el primer gentil hombre de la Cristiandad.

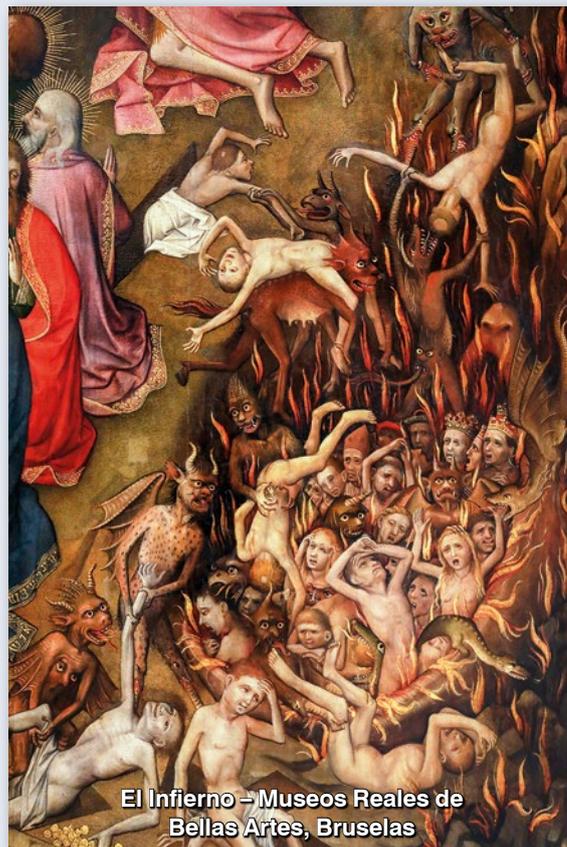
De repente, San Francisco recibe la noticia de que la Emperatriz había muerto. Él, como hidalgo, tenía que desempeñar funciones en las exequias: se puso de luto y fue a rendirle homenaje a la fallecida.

Viendo a la Emperatriz reclinada, muerta, percibió la impotencia de aquella a quien él, hacía poco, hacía reverencias en el fastigio de la

grandeza. Resultado: él comprendió de tal manera que todas las cosas del mundo eran vanas, que se convirtió, abandonó todo y entró a la Compañía de Jesús, siendo uno de los grandes santos de esa Orden. Fue el tercer sucesor de San Ignacio, tan completa fue su conversión.

Ese es el bien que la muerte hizo a tantos hombres a lo largo de la Historia.

Dios nos quiso hacer presentes algunas grandes verdades. Unas son las que nos llenan de alegría: el Cielo, la visión de Dios. Otras son verdades terribles que nos llenan de pánico: la muerte y el Infierno.



Flávio Lourenço

El Infierno – Museos Reales de Bellas Artes, Bruselas

La mayor parte de los hombres no son sensibles a la predicación de las verdades celestiales, a las grandes esperanzas que nos aguardan; son sensibles al terror de la muerte, del Infierno. El número de almas condenadas sería tal vez mucho mayor, si no fuese por el espectáculo de la muerte. La muerte es la mayor moralizadora.

¿Quién tiene certeza de que dormirá hoy en el horario de costumbre? Cualquier cosa puede suceder: está yendo en automóvil a casa, es un disparo de un revólver en la mano de cualquier sujeto que lo alcanza y él cae muerto, y no tuvo tiempo de nada.

¡Cómo la muerte hace bien! ¡Cómo ella es amiga y cómo conduce a la salvación!

“¡Un beso bien vale el Infierno!”

Hay hombres que, paradójicamente, perdieron el miedo a la muerte. Pecan libremente. Hasta cuando están desahuciados por los médicos, aún enfrentan la muerte pecando y blasfemando. ¿Por qué? ¡Son hijos del Infierno!

San Alfonso María de Ligorio cuenta, en uno de sus libros, un caso sucedido en las regiones donde él vivió, en el sur de Italia, en el antiguo Reino de Nápoles.

Un padre fue a atender a un hombre que estaba *in articulo mortis*. Conforme manda la Iglesia, antes que sacerdote diera la absolución, exigió al moribundo que despidiese a su concubina y que esta saliese de la casa con todo lo que le pertenecía.



El avaro y la muerte – Museo Quiñones de León, Vigo, España

Flávio Lourenço

Ella, obligada, salió, y el padre pudo absolverlo.

Ahora bien, el mismo padre contó que el moribundo no encontró nada mejor que hacer que mandar a llamar nuevamente a la concubina a la casa. El hombre, agonizando, al verla, la llamó: “¡Ven aquí y dame un beso! ¡Un beso bien vale el Infierno!”

Así es la maldad humana... Por eso, hace un bien extraordinario pensar respecto a esas verdades.

“Clericorum sors subinatea mors”

Yo asistí a muchas muertes y tuve la preocupación de aprovecharlas para mi vida espiritual. Acuérdense también de las muertes que presenciaron. Y cuando la tentación los induzca al pecado, piensen: “Yo puedo caer muerto de un momento a otro”.

Nadie muere sin que haya sido voluntad de Dios. Nuestro Señor dijo en el Evangelio que ningún pájaro muere, ni un cabello cae de nuestra cabeza, sin que Él lo haya consentido. Si con un mísero pajarito es así, tanto más es con un hombre.

Nosotros no moriremos a no ser cuando Dios lo determine, en el mo-

mento en que Él juzgue que nuestras cuentas están cerradas.

A veces, cuando una persona muy elegida peca, Dios puede intervenir de un momento a otro. ¡Se acabó! Le quita la vida repentinamente, como quien dice: “Ya hice tanto, tanto, tanto por ti... tú pecaste de nuevo. ¡Se cierran las cuentas! ¡Ven a rendirlas aquí!”

Y el hombre, que es tan débil, muere por una causa mínima. De repente está paseando en el jardín y una araña lo pica. Está picado de muerte. El médico no lo nota y trata otra cosa: dentro de 24 horas él está en el foso.

Así es el hombre... Y así son, a veces, las cuentas de Dios.

Yo termino mencionando una frase latina: “*Clericorum sors subinatea mors*”: la suerte de los clérigos es la muerte repentina. Parece que la opinión general confirma eso. Los padres mueren de repente. ¿No será, muchas veces, porque el padre abusó y abusó?

Si así es con un sacerdote, ¿por qué no será con aquellos que la Santísima Virgen llama tan especialmente para servirla? ¿Ella, que solícitamente nos escogió de los lugares

más inopinados para traernos amorosamente a su lado? Si el individuo lleva el pecado hasta cierto punto, puede ser que Nuestra Señora diga en dado momento: “¡Se acabó!”

¡Qué desafío tremendo que pequemos después de haber recibido tanto! ¡Qué horror! ¡Y cómo es salu- dable pensar en eso!

El temor, camino hacia el amor

Alguien me dirá: “Pero, Doctor Plinio, yo quedo perturbado con lo que Ud. dice.”

Yo respondo: “Prefiero, hijo mío, que tú te perturbes ahora en vida y salves tu alma, a que llesves una vida tranquila y después te pierdas.”

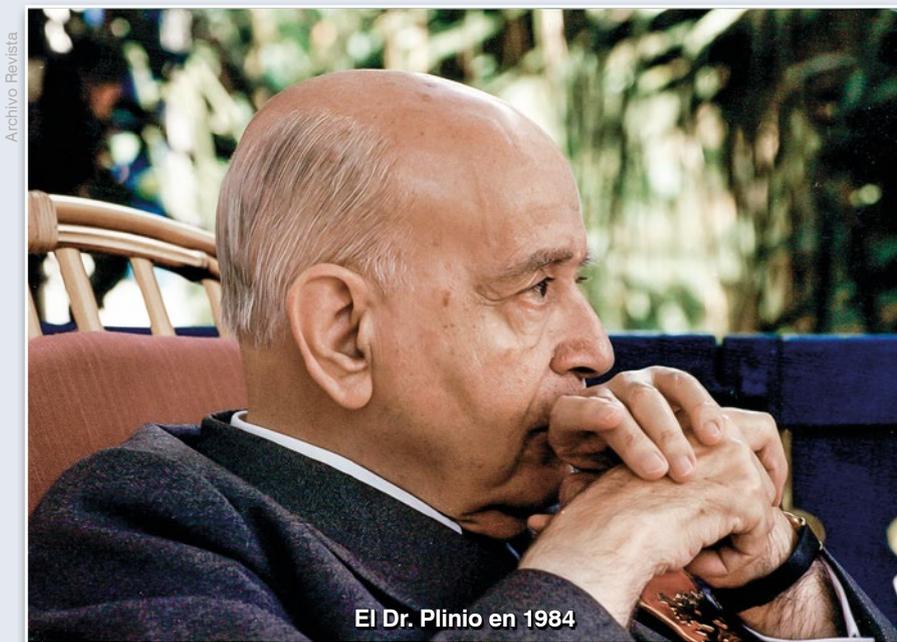
Un conocido me dijo en una ocasión: “Dr. Plinio, ¿por qué Ud., en vez de procurar encaminar a las almas por la vía del temor, no procura encaminarlas por la vía del amor? Hable de la bondad de Dios, del Cielo que espera a todos los hombres...”

Hay casos en que eso es así, porque Dios tiene sus vías. Sin embargo, quedo en la duda de que esa sea la regla general para todos los hombres de este siglo. ¿Quizás, en general, en todas las épocas de la Historia, el principio no sea aquel que San Benito puso en el inicio de los estatutos de la Orden Benedictina, una frase de la Escritura: “Venid, hijos, y yo os enseñaré el temor de Dios?”

El temor es el camino hacia el amor. Hay un grandísimo número de personas que no comienzan a amar, a no ser después de haber comenzado a temer.

Por lo tanto, yo, que ya hice varias conferencias sobre el Cielo, inclusive sobre el Cielo empíreo, materia verdaderamente maravillosa, hago esta, con la cual estoy seguro de haber contribuido para el bien de todos. ♦

(Extraído de conferencia del 11/8/1984)



El Dr. Plinio en 1984



SANTORAL

Fotografía: Lourdes



Santa Modesta

1. Todos los Santos

Beato Amadeo, religioso (+1482). Reformador de la Orden de los Frailes Menores (Franciscanos), fundador de numerosos conventos. Falleció en Milán, Italia.

2. Conmemoración de Todos los Fieles Difuntos.

3. XXXI Domingo del Tiempo Ordinario.

San Ermengol, obispo (+1035). Obispo de Urgel, España, dedicado a restablecer en su diócesis la Iglesia que había quedado devastada durante los tiempos de ocupación por los sarracenos.

Santa Odrada, virgen (+c. s. XI). Desde niña, era muy piadosa y bondadosa. Consagró su castidad desde muy joven a Dios.

4. Santa Modesta, abadesa (+680). Consagrada a Dios desde la infancia. Fue la primera abadesa del Monasterio de Santa María ad Horreum, en Tréveris, Alemania. Fue gran amiga de Santa Gertrudis de Nivelles.

5. Santa Bertila, abadesa (+s. VI). De familia noble de Soissons; decidió

ser religiosa en su adolescencia, a pesar de la oposición de su padre. Abadesa del Monasterio de Chelles, muy piadosa, lo que servía de ejemplo y atracción de numerosas jóvenes a la vida religiosa.

6. San Leonardo, ermitaño (+559).

Beato Jesús Aníbal Gómez, religioso (+1936). Seminarista de los Claretianos, oriundo de Colombia. Víctima de los comunistas en la Guerra Civil Española. El único extranjero de los claretianos mártir de esos tiempos.

7. San Prosdócimo, obispo (+100). Primer Obispo de Padua.

San Lázaro, estilita (+1054). Vivió sobre una plataforma, construida encima de una columna, en el Monte Galesio, comía pan y bebía agua, únicamente.

8. Beata María Crucificada (Isabel María Satellico), abadesa (+1745). Pertenecía a la Orden de las Clarisas, contemplativa profunda del misterio de la Cruz, favorecida con gracias místicas.

9. Dedicación de la Archibasílica de San Juan de Letrán (s. IV). Construida por el emperador Constantino como sede de los obispos de Roma.

10. XXXII Domingo del Tiempo Ordinario

San Baudelino, ermitaño (+s. VIII).

11. San Mennas, mártir (+295). Militar egipcio, mártir por confesar su Fe cristiana.

San Bertino, obispo y abad (+698).

12. San Nilo, abad (+340). Discípulo de San Juan Crisóstomo.

13. Santa Agustina (Livia) Pietrantoni, virgen (+1894). Religiosa de la Congregación de la Hermanas de la Caridad, cuidaba enfermos de tuberculosis en un hospital y uno de ellos la apuñaló, quitándole la vida.

14. San Hipacio, obispo y mártir (+325). Herejes novacianos lo martirizaron por lapidación.

Beata María Merket, virgen (+1872). Nacida en Prusia, cofundadora de las religiosas de Santa Isabel, para cuidar los enfermos abandonados en sus propios hogares o lugar de residencia.

15. Beato Hugo Faringdon (Cook), mártir (+1539). Abad Benedictino. Por oponerse al rey Enrique VIII de Inglaterra, en su política de usurpar y suplantar la autoridad legítima de la Iglesia, fue ahorcado y descuartizado, junto a otros dos presbíteros.

16. San Agustín y Santa Felicidad, mártires (+c. 250). Según la tradición, en los tiempos del Emperador Decio, fueron martirizados en Capua, Italia.

17. XXXIII Domingo del Tiempo Ordinario.

San Gregorio de Tours, obispo (+594). Conocido como historiador y hagiógrafo, escribió "Historia de los francos", entre muchas obras de su autoría. Participó en varios concilios



Santa Lucrecia

Fotografía: Lourdes

* NOVIEMBRE *



Beato Ludovico Roque Gientynsjer

y presidió los funerales de Venancio Fortunato y Santa Radegunda.

18. Dedicación de las Basílicas de San Pedro y San Pablo (1626; 1854).

San Filipina Rosa Duchesne, virgen (+1852). Religiosa de la Sociedad del Sagrado Corazón, fundada por Santa Magdalena Sofía Barat.

19. Beato Eliseo García García, religioso y mártir (+1936). Salesiano, martirizado en los tiempos de la persecución religiosa en España.

20. San Félix de Valois, religioso (+1212). Compañero de San Juan de Mata y cofundador de los Trinitarios.

21. Presentación de la Santísima Virgen María.

Beata María de Jesús Buen Pastor (Francisca de Siedliska), virgen (+1902). Fundadora del Instituto de las Hermanas de la Santa Familia de Nazaret.

22. Santa Cecilia, virgen y mártir (+s. II-III).

San Filemón, mártir (+s. I). Discípulo de San Pablo. Es a quien se le encarga de recibir a Onésimo, un esclavo fugitivo convertido al cristianismo.

23. Santa Mustiola, mártir (+s. III). Entregó su vida en defensa de la

Fe, pertenecía a la comunidad cristiana de Chiusi, en Toscana, Italia.

Santa Lucrecia, mártir (+306). Martirizada durante la persecución de Diocleciano.

24. Jesucristo Rey del Universo.

San Protasio, obispo (+352). Participó en el Concilio de Sárdica, defendió a San Atanasio y la doctrina nicena, delante del Emperador Constante.

Santa Flora y Santa María, vírgenes y mártires (+856). Durante la



San Bertino

persecución musulmana desencadenada en Córdoba, España, fueron encarceladas y asesinadas a espada.

25. Santa Catalina de Alejandría, virgen y mártir (+s. inc.).

Beato Jacinto Serrano López, mártir (+1936). Pertenecía a los dominicos, fusilado en la persecución contra la Iglesia Católica, durante la Guerra Civil en España.

26. Beato Humilde (Lucas Antonio) Pirozzo, religioso (+1637). Dominicano, fusilado durante la Guerra Civil Española.

27. Nuestra Señora de las Gracias.

En 1830, la Santísima Virgen pidió a Santa Catalina Labouré que fuese acuñada una medalla, conforme a la visión dada por ella. Al usar la medalla, se operaron muchos milagros y de ahí el nombre de “Medalla Milagrosa”.

28. Santa Catalina Labouré, religiosa (+1876). Francesa de nacimiento, perteneció a las Hermanas de la Caridad, vidente de la Medalla Milagrosa.

Beato Juan Jesús (Mariano) Andradas Gonzalo, presbítero y mártir, y **compañeros** (+1936). Religiosos de la Orden de San Juan de Dios, martirizados en la persecución contra la Fe, en España.

29. San Filomeno de Ancira, mártir (+s. III). Oriundo de Lacaonia, por confesar la Fe en Cristo, fue martirizado durante los tiempos del emperador Aureliano.

Santa Iluminada, virgen (+320).

30. San Andrés, apóstol (+s. I).

Beato Ludovico Roque Gientynsjer, presbítero y mártir (+1941). Durante la ocupación nazi en Polonia, fue enviado al campo de concentración de Dachau y ahí lo asesinaron.



Beata María Merket



Nada se pierde en la Iglesia

Flávio Lourenço



Peregrinación – Museo de Bellas Artes, Arrás, Francia

Todo deseo piadoso, buen pensamiento, cualquier obra de caridad hecha por amor a Nuestro Señor Jesucristo revierte en bien para todo el cuerpo de la Iglesia. Los tesoros de la Santa Iglesia revelan el entrelazamiento insondable entre la justicia y la misericordia de Dios.

Estamos próximos del día de los Fieles Difuntos, es adecuada la lectura de una ficha de Catalina Emmerich sacada de las “Visiones y Revelaciones Completas”.¹

Visión de las penas del Purgatorio

Esta noche pedí mucho por las almas benditas y vi las numerosas y miserables penas que ellas padecen y la incomprendible misericordia de Dios. Vi la infinita

justicia de Dios y su misericordia y comprendí que no hay cosa alguna verdaderamente buena en el hombre que no le sea útil. Vi el bien y el mal pasando de padres a hijos convertirse en salvación y felicidad por la voluntad y cooperación de éstos. Vi socorrer de un modo admirable las almas con los tesoros de la Iglesia, con la caridad de sus miembros.

Vi muchos estados de purificación, en particular vi castigados a aquellos sacerdotes aficionados a sus comodidades y al sosiego y que dicen: “Con un lugar-

cito en el Cielo, estoy satisfecho, yo rezo, digo Misa, etc.”. Estos sentirán indescibles tormentos y vivísimos deseos de buenas obras y verán frente a ellos a todas las almas a quienes privaron de su auxilio, y tendrán que sufrir un horrible deseo de socorrerlas. Toda la negligencia se convertirá en tormento para el alma, su quietud en impaciencia, su inercia en cadenas. Y estos castigos no son ya invenciones, sino que proceden clara y admirablemente del pecado, como la enfermedad de la causa que la produce.

Siempre vi que nada se pierde de cuanto se hace en la Iglesia en unión con Jesús. Como el deseo piadoso, todo pensamiento bueno, cualquier obra de caridad hecha por amor de Jesús revierte en bien para todo el cuerpo de la Iglesia y que aquel que no haga otra cosa que rogar a Dios en plena caridad por sus hermanos, éste hace una grande y saludable obra.

Las almas necesitan oraciones

Ana Catalina Emmerich tuvo ocasión de ver el Purgatorio. Varios aspectos se le presentaron. Ella vio las penas tremendas de las almas y cómo estas pueden ser socorridas por nuestras oraciones.

Hay muchas personas que hacen el siguiente cálculo: a primera vista parece no valer mucho la pena rezar por las almas del Purgatorio, considerando que, al fin de cuentas, ellas tarde o temprano van al Cielo, en cuanto que las almas peregrinantes en esta Tierra pueden ir al Infierno, existiendo, por tanto, mucho más mérito en rezar por estas últimas que por las otras. Este es un error que puede seducir hasta espíritus muy celosos y razonables y es, por lo tanto, el momento de deshacer este equívoco, en el cual la misma Ana Ca-

talina Emmerich cayó. Al narrar sus visiones, ella cuenta cómo se corrigió.

Se le apareció no recuerdo qué Santo y le hizo el siguiente comentario: “Está en el Purgatorio un alma piadosa, ella está en el fuego, un fuego verdadero, no un símbolo, sino material.

¿Qué es estar con el cuerpo dentro del fuego? ¡Es algo tremendo! Imaginen entonces estar con el alma dentro del fuego. No sirve decir: “El alma no es combustible”, porque, por orden de Dios, se da un milagro por donde el alma se quema y sufre los verdaderos tormentos de las llamas.

Decía este Santo a Ana Catalina Emmerich: “Aquí está un alma que fue buena, va al Cielo, pero se encuentra hace siglos en el Purgatorio.



Coronación de la Virgen del Lledó en 1924 – Basílica de la Madre de Dios del Lledó, Castellón, España

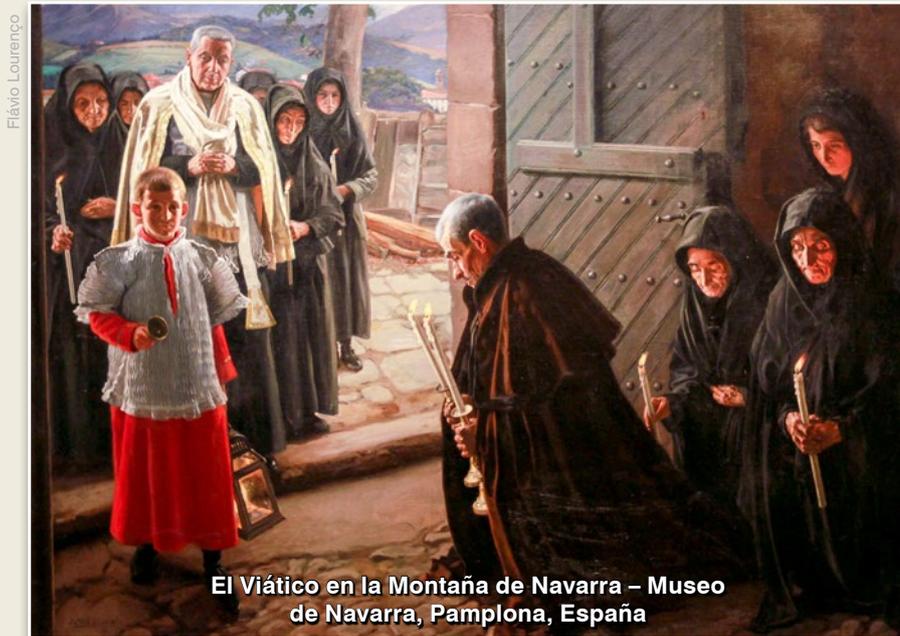
Allí está un bandido que irá al Infierno. ¿Vale la pena dejar a este pobre siglos en el Purgatorio para salvar a un bandido de un Infierno merecido? Evidentemente no”.

Es preciso tener un cierto sentido de distribución por donde cada uno, tocado por los estímulos de la gracia que indica el deseo de la Providencia sobre cada uno, ora ruegue algún tanto por las almas del Purgatorio, ora por las almas en peligro de perderse.

Sin embargo, en esa visión, ella vio el fuego, los tormentos del Purgatorio y ella hace algunas consideraciones respecto de ese tormento.

La justicia y la misericordia de Dios en relación con las almas

La primera consideración es el misterio de la justicia y de la misericordia divinas.



El Viático en la Montaña de Navarra – Museo de Navarra, Pamplona, España



Dios es infinitamente justo e, incluso amando a las almas del Purgatorio, tiene que castigarlas. Él es infinitamente misericordioso, pero, incluso castigando a las almas que están allí, quiere atenuar sus sufrimientos. Por eso varias visiones cuentan que Nuestra Señora, Madre de Misericordia continua e inagotable, con frecuencia interviene allí. Por ejemplo, en todas sus grandes fiestas, Ella va hasta allá con una cohorte de Angeles, llevando consigo una alegría indecible dentro el Purgatorio. Ella lleva entonces miríadas de almas al Cielo, por un acto soberano de Ella, liquidando sentencias, penas y cualquier otra aflicción.

Para aquellas que no conduce al Cielo, la Santísima Virgen muchas veces disminuye considerablemente las penas o las abrevia, de modo que cada fiesta de Nuestra Señora en la Tierra es una liberación en el Purgatorio, sin contar las otras grandes fiestas del calendario: Pascua, Semana Santa, Navidad. Las penas son, de esta forma, muchas veces abreviadas de un modo maravilloso. Hay aquí un entrelazamiento insondable entre la justicia y la misericordia, que muestra una justicia y una misericordia tan grandes que el hombre, abismado, no logra visualizar bien hasta dónde llega la amplitud de estos dos atributos de Dios cuando considera el Purgatorio.

De generación en generación...

La vidente cuenta:

Yo vi el bien y el mal pasando de padres a hijos y convertirse en salvación y fidelidad por la voluntad y cooperación de estos.

Es una cosa curiosa, pero hay gracias, bendiciones concedidas por Dios, a veces a estirpes enteras y que se propagan de padre para hijo, de generación en generación, para llegar hasta la última posteridad.

Con las debidas restricciones, porque la maldición no es igual a la bendición, hay también retracciones de gracias, hay defectos, a veces hay tentaciones que también se repiten de generación en generación en una misma familia. Y aunque nadie sea salvado por la bendición hereditaria ni se pierda por la maldición hereditaria, pues todo hombre tiene gracia suficiente para salvarse, y, correspondiendo a la gracia, se salva, sin embargo, esos tesoros misteriosos de bendiciones y esas terribles reservas de maldición se fijan y, a veces, consumen o reedifican linajes enteros.

En general nosotros tenemos respecto a la decadencia de las familias ideas muy equivocadas y juzgamos que ella se da por la pérdida de dinero. No pudiendo lucrar como antes, no tiene la misma influencia, y el mismo prestigio. Sin embargo, en el fondo, hay una especie de pérdida de grandeza de alma, de capacidad de tener y de adoptar grandes ideales, de hacer grandes cosas y, en general, la ruina económica es un resultado de la bobera.

Por eso Ana Catalina Emmerich dice haber visto las bendiciones y las maldiciones hereditarias, también de las naciones, recorriendo la Historia.

El remordimiento por el bien no practicado

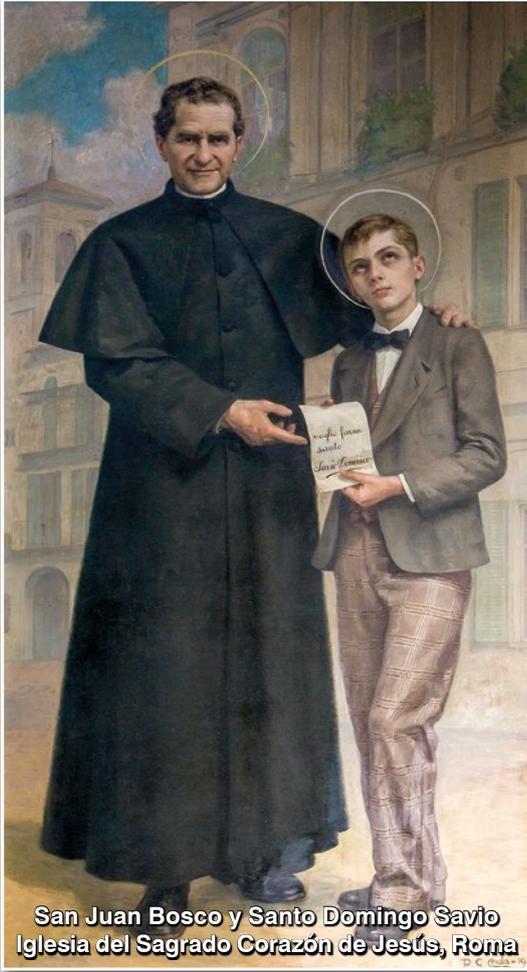
Ella dice:

Vi socorrer de un modo admirable las almas con los tesoros de la

Dorotheu (CC3.0)



Purgatorio – Dorotheu, Viena



San Juan Bosco y Santo Domingo Savio
Iglesia del Sagrado Corazón de Jesús, Roma

Iglesia y con la caridad de sus miembros.

Es decir, con las oraciones hechas por las almas.

Vi muchos estados de purificación. En particular, vi castigados aquellos sacerdotes aficionados a sus comodidades y a su sosiego.

Sacerdotes que gustan de la *vidinha*.²

“Con un lugarcito en el Cielo, estoy satisfecho, rezo, digo Misa, etc.”

¡Cuántos católicos hay como esos sacerdotes, que juzgan cumplir su deber no cometiendo pecado mortal, rezando, haciendo pequeños sacrificios, desempeñando los pequeños deberes y llevando en lo demás una vida regalada!

¡Cuántos de nosotros, asistiendo a algunas ceremonias religiosas, no tenemos esta sensación respecto del padre y de la mayor parte de los fie-

les que están en la iglesia! itodo tranquilito, medio rezando, medio bostezando! Es este estado de espíritu minimalista.

Entonces, ¿cuál es el sufrimiento que ellos padecen en el Purgatorio? Además del fuego, el remordimiento. Ellos ven con una claridad interior todo cuanto podrían haber hecho y no hicieron. Y esto atormenta su alma superlativamente.

Recuerdo aquí una visión que San Juan Bosco tuvo de Santo Domingo Savio en el Cielo.

Santo Domingo Savio fue a su encuentro con un cortejo enorme de almas cantando loores a Don Bosco, quien preguntó qué era aquello.

—Estas son todas las almas salvadas por vuestro apostolado.

—Mas yo temo que muchas no se hayan salvado por mi falta de correspon-

dencia completa a la gracia.

Domingo Savio respondió:

—Eso es muy verdadero.

¿Qué significa un tormento de esos? ¡Ver estar en el Infierno, condenado a una eterna infelicidad y desventura, a un individuo que podríamos haber ayudado a salvar! ¿Cuánto nos hace sufrir eso? Es algo tremendo. Si nosotros fuéramos culpables por liviandad, por tontera, de un choque de automóvil que hubiese ocasionado a alguien el quedar ciego, viendo aquella persona ciega la vida entera, ¡qué remordimiento! Pues bien, es mu-

cho mayor ese remordimiento por el bien no practicado. Las almas van a contemplar, van a tener la visión y el sufrimiento de eso en el Purgatorio.

Pero se tiene una afirmación muy consoladora: nada se pierde, ni siquiera un deseo piadoso o un pensamiento bueno, cuando fue hecho por amor a la Iglesia, porque aquello hace bien a todo el Cuerpo Místico. Y aquel que no haga otra cosa sino rogar a Dios en plena caridad por sus hermanos, ese hace una gran y saludable obra. Son aquellos dedicados a pedir a Dios Nuestro Señor que evite que las almas vayan al Infierno, que determine la salida de las almas del Purgatorio y, sobre todo, la exultación de la Santa Iglesia Católica en la Tierra. ❖

(Extraído de conferencia del 1/11/1967)

- 1) No disponemos de los datos de esta obra.
- 2) Vidinha: Expresión en portugués usada por el Dr. Plinio para designar una vida mediocre que busca sobre todo el confort y el beneficio temporal personal.



El Dr. Plinio en noviembre de 1967



Sólo ama el bien quien odia al mal

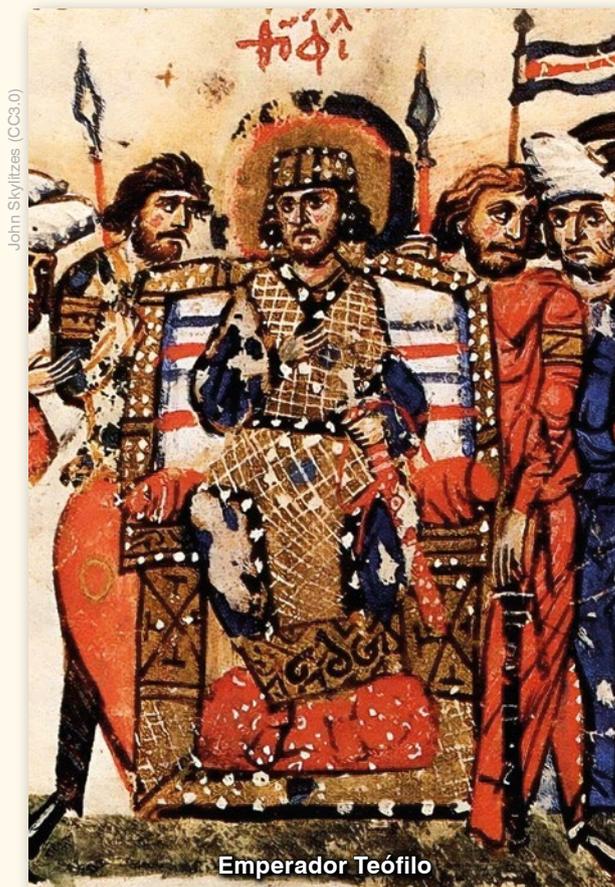
Montañas del
Cáucaso

A San Lázaro, monje del siglo IX, le quemaron las manos por orden de un emperador iconoclasta porque hacía imágenes sagradas. Los humanitarios que hablan hoy en contra de las Cruzadas y la Inquisición no tienen una palabra de censura hacia los emperadores romanos que martirizaron a los católicos.

Hoy tenemos para comentar algunos datos biográficos de un Santo extraordinario: San Lázaro, Confesor. No es el amigo de Nuestro Señor, hermano de Marta y María. Monje y pintor de imágenes sagradas, vivió en el siglo IX. Le quemaron las manos con un hierro candente, pero fue curado por el poder de Dios y volvió a pintar imágenes que habían sido raspadas por los Iconoclastas. El Creador curó sus manos y éste luego restauró las pinturas.

Manos quemadas hasta los huesos

Lázaro, nacido en la cordillera del Cáucaso, abandonó su país en la más temprana juventud y llegó a Constantinopla, donde abrazó la vida religiosa. Además de los ejercicios ordinarios del estado monásti-



Emperador Teófilo

co, aprendió pintura, arte que se cultivaba en los claustros, especialmente en Constantinopla, ya que la guerra contra las imágenes sagradas había sido declarada por los iconoclastas¹.

Como éstos estaban en contra del uso de imágenes, en los buenos monasterios, los monjes aprendieron a pintarlas como medio para combatirlos. Naturalmente, después ellos distribuían esas pinturas.

Los emperadores, no contentos con quebrar las imágenes y perseguir a sus defensores, habían intimidado tanto a los pintores con el rigor de sus edictos, que el miedo de la muerte, de la prisión y del exilio les impedía hacer cualquier cuadro de Jesucristo o de los Santos. Eso fue lo que llevó a muchos de los superiores de los monasterios a querer reparar ese daño, a pesar de las amenazas y la indigna-

ción del soberano, introduciendo el arte de la pintura en sus casas, para impedir que estas imágenes sagradas fuesen abolidas por los impíos.

Lázaro se había vuelto muy hábil en este oficio, y la perpetuación y reputación que adquirió fue la causa de la particular persecución que tuvo que sufrir.

El emperador Teófilo, el año 829, habiendo ordenado la pena de muerte para todos los pintores que se negaran a rasgar los cuadros en los que se habían pintado a los santos, mandó llamar a Lázaro de su monasterio para ejecutar el edicto en su presencia. No consiguió llevarlo a eso a través de la dulzura y recurrió a la tortura. Lo hizo con tanta crueldad que pensó que San Lázaro moriría en el suplicio. Pero, habiendo recuperado sus fuerzas algún tiempo después, continuó pintando. El emperador hizo arrestarlo nuevamente y torturarlo con brasas de hierro rojo en las manos, quemándolas hasta los huesos.

La emperatriz Santa Teodora obtuvo de su marido la liberación y lo mantuvo escondido en la Iglesia de San Juan Bautista, donde lo hizo curar. Cuando Lázaro se recuperó, pintó, en reconocimiento, un cuadro del Precursor [San Juan Bautista. N del T], que se convirtió en uno de los más famosos de su tiempo.

Tras la muerte de Teófilo, la emperatriz Santa Teodora y su hijo Miguel III restablecieron la honra de las imágenes. Lázaro creó un Salvador que

colocó en una columna para ser expuesto a la veneración pública.

Viendo, pues, el antiguo culto bien fortalecido, se entregó a los santos ejercicios de la vida monástica, pensando sólo en santificarse en la oscuridad del claustro, donde murió en el año 867.

Odio contra los que defienden la fe

Percibimos en esta narración, de manera muy notable, la fidelidad de este Santo a su vocación, llevándolo a afrontar todo tipo de torturas. Pero me parece que es tan grande el número de mártires con este tipo de fidelidad –es algo tan refulgente en la Iglesia que nuestras almas quedan invadidas de esta luz–, de modo que no tiene sentido insistir en ello.

Tal vez sería conveniente señalar en este conjunto de hechos, un aspecto no tan común como el de la insondable gloria del martirio: la impiedad es fina y perspicaz en su odio, y debemos lamentar que nosotros, hijos de la luz, no seamos tan perspicaces y finos como ella.

Los ‘humanitarios’ hablan mucho contra las Cruzadas, la Inquisición y toda forma de guerra religiosa, porque –según dicen ellos–, son torturas horripilantes; algo así no debería permitirse en absoluto; va contra la caridad, etc. Sin embargo, no tienen una palabra de censura hacia los emperadores roma-

nos que martirizaban a los católicos. Cuando se dice a uno de ellos:

—¿Ud. no habla en contra de Diocleciano, o de Nerón? ¿Sólo habla contra Torquemada?²⁷

Él responde, en un movimiento temperamental de odio completamente platónico:

—Ah, yo también estoy en contra de eso. Pero Torquemada... es necesario acabar con él.

—¿Y Nerón no era horrible?

—Sí, sí. Son cosas que deberían ser censuradas, y –bostezando, añade– yo lo censuro...

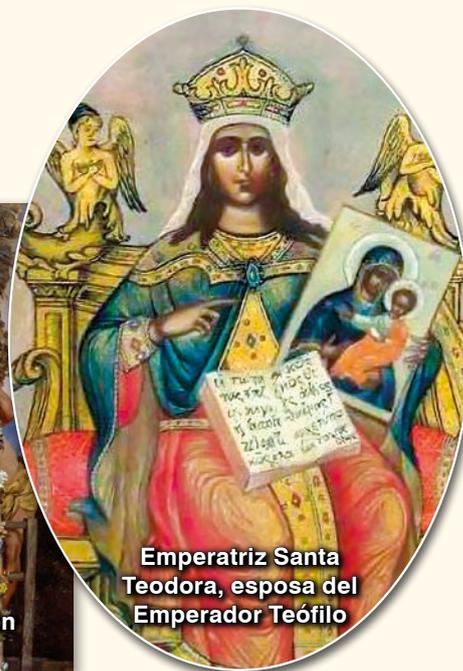
Pero el odio dinámico de los impíos es contra aquellos que derramaron su sangre en defensa de la Fe. Contra los que la hicieron verter para combatir la Fe no tienen ningún odio dinámico. Esto demuestra que, en el fondo, su odio no es contra el derramamiento de sangre, sino, manifiestamente, contra la defensa de la Fe.

¡Cuánto se ha dicho contra los Autos de Fe españoles! ¿En qué se diferencia eso de un edicto contra la Fe, desde el punto de vista de la sangre? No hay nada diferente. Ambos involucran sangre y son opresiones de la libertad. Entendámonos a ese propósito: el odio de los

Henryk Siemiradzki (CC3.0)



Cristianos siendo utilizados como antorchas humanas en la persecución bajo el reinado de Nerón - Museo Nacional, Cracovia, Polonia



Emperatriz Santa Teodora, esposa del Emperador Teófilo

Ivan Kislyakov (CC3.0)



humanitarios, de los liberales va exclusivamente contra quienes derramaron su sangre en la defensa de la fe.

Persecución odiosa contra el bien

Esto va más allá. Si ellos no odian a quienes promovieron el derramamiento de sangre persiguiendo a los católicos, muchos de ellos, si pudieran, ¿no derramarían también la sangre de los católicos? Una cosa trae como consecuencia la otra. Si yo, ante crímenes atroces como éste, me manifiesto frío, en el fondo creo que quien hizo esto tuvo una cierta razón y yo dado el caso, tal vez lo hiciera también. Se comprende, entonces, hasta dónde llega la ferocidad de los malvados: no sólo hasta la contradicción, sino hasta el punto del deseo de una persecución odiosa que no revelan, pero que en el fondo tienen.

Una reflexión muy útil cuando estamos en presencia de personas así, ya que casi todo el mundo tiene ese estado de espíritu.

Se puede hacer una prueba en los entornos que frecuentamos. Se dice algo sobre la Inquisición y todos se levantan para atacarla. Se habla contra las persecuciones de los iconoclastas,

por ejemplo, en el Imperio Romano de Oriente, y sale ese odio frío, platónico, que no es odio verdadero.

Por tanto, todas estas personas tienen, en el fondo –al menos en algunas fibras de su alma, si no en todas–, una complacencia con la idea de matar a auténticos católicos.

Entonces, en contacto con gente así, debo pensar: “Este individuo que me está hablando querría matarme si pudiera”. Hay que llegar al caso personal, llegar a la piel y al propio instinto de conservación. No debemos por lo tanto considerar sólo en teoría la muerte de los cristianos y católicos.

No conoce ni ama el bien, quien no conoce ni odia el mal.

Si esta persona fuera un miembro de mi familia, podría pensar: “Eso es cierto. Pero como es mi pariente, no me mataría”. Esto es falso. Su odio contra la fe puede ser tan grande que quisiera matar a los católicos y no perdonaría a nadie.

Cualquiera que pensase que el individuo no le haría esto porque es su pariente, pensaría como un ingenuo. Sería bueno que pasase por un curso que le enseñara a cómo dejar de ser

ingenuo, porque llevó la ingenuidad hasta extremos muy graves.

Pidamos entonces a San Lázaro esta gracia penetrante: percibir y discernir en los impíos con quienes tratamos el odio que tienen hacia nosotros.

Alguien dirá: “Pero, Dr. Plinio, ¿qué ventaja tiene eso? yo vivo así bien con mis familiares. Son agradables, influyentes y hablan bien. Ahorra Ud. me hace ver en ellos a un Nerón o a un Calígula... ¡Ud. lo arruina todo! Y parece estar contento con el desorden que produce”.

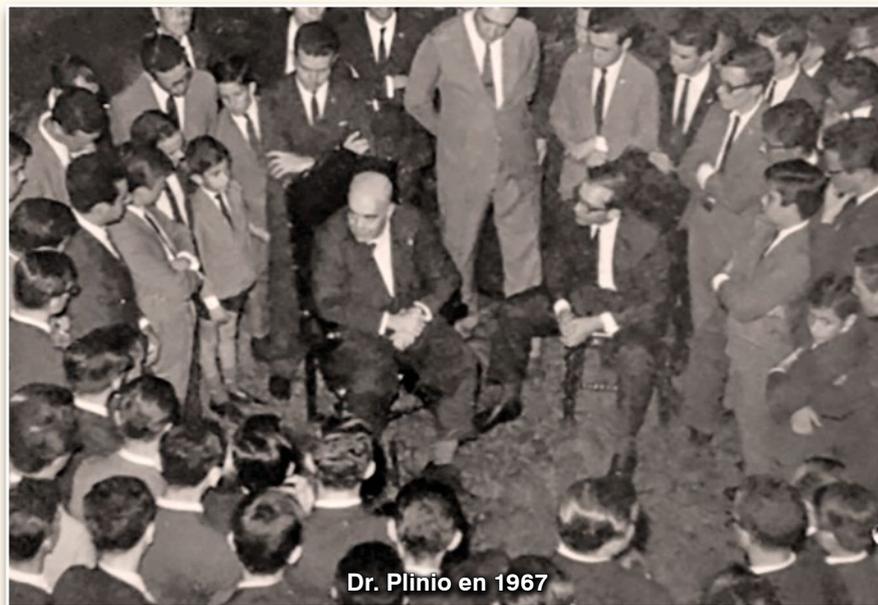
Mi respuesta es la siguiente: no conoce ni ama el bien quien no conoce ni odia el mal. El conocimiento del mal es indispensable, como contraste, para el conocimiento del bien. Después del pecado original, no se puede prescindir del conocimiento del mal. Y es necesario medir el mal en toda su extensión, para conocer el bien en toda su nobleza.

Por ello, es necesario realizar este ejercicio con las personas cercanas a nosotros. Porque, además, sería una actitud simplista pensar que los familiares de los otros no sirven para nada y quienes creen en ellos son muy ingenuos, pero con los nuestros es diferente.

Realmente vale la pena que nos compenentremos del odio personal que ellos nos tienen, porque mientras no tengamos esa compenetración, puede permanecer en nosotros un poco de complacencia con el mundo. Y se trata precisamente de disipar toda y cualquier complacencia hacia el mal. Así, queda esto indicado para nuestra consideración respecto a la vida de San Lázaro. ❖

*(Extraído de conferencia del
22/02/1967)*

- 1) No disponemos de los datos de la ficha utilizada por el Dr. Plinio.
- 2) Tomás de Torquemada (*1420 - †1498), sacerdote dominico español, confesor de la reina Isabel la Católica y del rey Fernando de Aragón. También fue Gran Inquisidor de España.



Dr. Plinio en 1967



El más bello de los panoramas

Playa de las Catedrales,
Ribadeo, España

Muchas veces nos extasiamos delante de un bello panorama: ríos, montañas, mares. No obstante, el elemento rey de un panorama es el propio hombre. Por eso los panoramas más magníficos de la Historia son aquellos en los cuales sobresalen los grandes gestos y los grandes lances de los hombres.

¿Qué es un panorama? Es un conjunto de cosas suficientemente grandes como para que puedan ser habitadas por el hombre.

Concepto de panorama

El desierto da un panorama, el mar, el cielo; en ellos hay un conjunto y sobra espacio para que habiten los hombres.

Al contrario, una colección pequeña de obras de arte maravillosas no forma un panorama, porque allí el hombre no puede habitar. Se puede afirmar que la unidad del panorama es el espacio del hombre, y la multiplicidad de esos espacios compone un panorama.

Un auditorio, por ejemplo, constituye un panorama. Es extraño aplicarle esa expresión cuando está vacío, pues sería muy forzado, porque la palabra indica vastedades, extensión. Sin embargo, cuando se ve un auditorio tan alegremente lleno, donde se ejecutan armonías magníficas, uniendo a la música la declamación de cosas tan generosas con tan bello sentido, todo eso son elementos; pero mucho más auténtico es verlo repleto de gente. ¡Qué magnífico! ¿Por qué? Porque la pluralidad de personas hace notar el espacio necesario para un hombre.

El elemento rey

Llegamos a esta conclusión: el elemento rey de todo panorama no es el espacio, es el hombre. Porque, si es verdad que el panorama tiene como unidad el espacio que un hombre debe ocupar, es más verdadero todavía que, cuando hay muchos hombres dignos, su conjunto forma un panorama.

Panorama de vida, de variedad, de gloria cuando esos hombres están al servicio de Nuestra Señora. Panorama de desolación, de tristeza y de abyección cuando forma esas inmensas masas modernas completamente anónimas esclavizadas por la Revolución, en el cual las almas perdieron la alteridad unas en relación con las otras, por lo tanto, todo el mundo es nadie.

Imaginen escenas que se pueden formar a los ojos de los hombres, por ejemplo, una inmensidad indefinida de asfalto licuado, un poco burbujeante, de manera que no se perciba que está líquido. Y tan lejos cuanto alcanza la vista humana, ella sólo encuentra asfalto derretido. Esto no constituye un panorama, porque las unidades que lo componen son minúsculas, perdidas en un magma, formando un solo todo sin pluralidades, sin variedad, sin unidad verdadera.



Gabriel K.



Cataratas del Niágara

fue creado. Dios miró y se complació con él. Es una vista panorámica. El panorama eterno.

Después que los hombres hayan sido juzgados, una vez la Historia consumada, miraremos a la Tierra vivificada, glorificada, purificada por el enorme incendio que la consumirá, a fin de que el mal sea destruido en ella y le sea conferido al bien un nuevo brillo, una nueva luz. Todos habrán sido juzgados: quién practicó el mal fue condenado; quién fue destinado a la recompensa fue premiado.

Y Dios mira a la Tierra teniendo alrededor suyo la vastedad de los elegidos, abajo la inmensidad de los condenados y su obra que se

hizo en la Creación. ¡Esto es panorama!

El panorama en el cual Dios se complace

Tal consideración me trajo al espíritu la idea de cuántas pueden ser las modalidades de panorama que el hombre puede tener delante de sí. Pensé: “Cómo sería bonito que podamos ver una escena en la cual se desarrollase una procesión religiosa magnífica o una en la cual pudiésemos ver la ciudad en la cual esa procesión se realizara. Por ejemplo, las procesiones de *Corpus Christi* con la nota augusta y única de la antigua Viena imperial. ¡Qué belleza! ¿Pero serían los palacios el panorama? No, antes de todo serían los hombres que estuvieran allí.

Y entonces me pasaron por el espíritu los panoramas a los ojos de Dios. El primero es el del universo cuando

Una indagación delante de un contraste

Llegué a preguntarme y, sin haber tenido tiempo para responderme, voy a intentar exponer mi indagación en voz alta, conforme a la reflexión que me venga al espíritu.

Me pregunté cuál de los dos panoramas sería más bonito; si el primero, de la Tierra pura donde los hombres no pisaron, donde las fuentes salían de dentro de la tierra, donde las aves comenzaban a volar, los animales a saltar, los vientos a soplar y toda la vida apenas comenzaba a burbujear; ¡qué belleza matinal, que inocencia primera y magnífica en todas las cosas puestas allí! ¡Tanto más cuanto, dominando todo el panorama de la

Flávio Lourenço



Col d'Aubisque, Pirineos Franceses



Partida para la celebración del Corpus Christi en la Catedral de San Esteban en Viena

Rijksmuseum. (CC3.0)

Tierra estaba el Paraíso Terrestre, foco y centro de todas las bellezas! ¡Que hermoso, qué maravilla!

Después pensé en el panorama del mundo juzgado. Hubo desastres, catástrofes, crímenes atroces, hubo actos de virtud incomparables. Y por encima del clamor de todos los crímenes, del ruido de todos los desórdenes, un gemido augusto, majestuoso, dulcísimo: “Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado? (Mt 27, 46), *Consummatum est*” (Jn 19, 30).

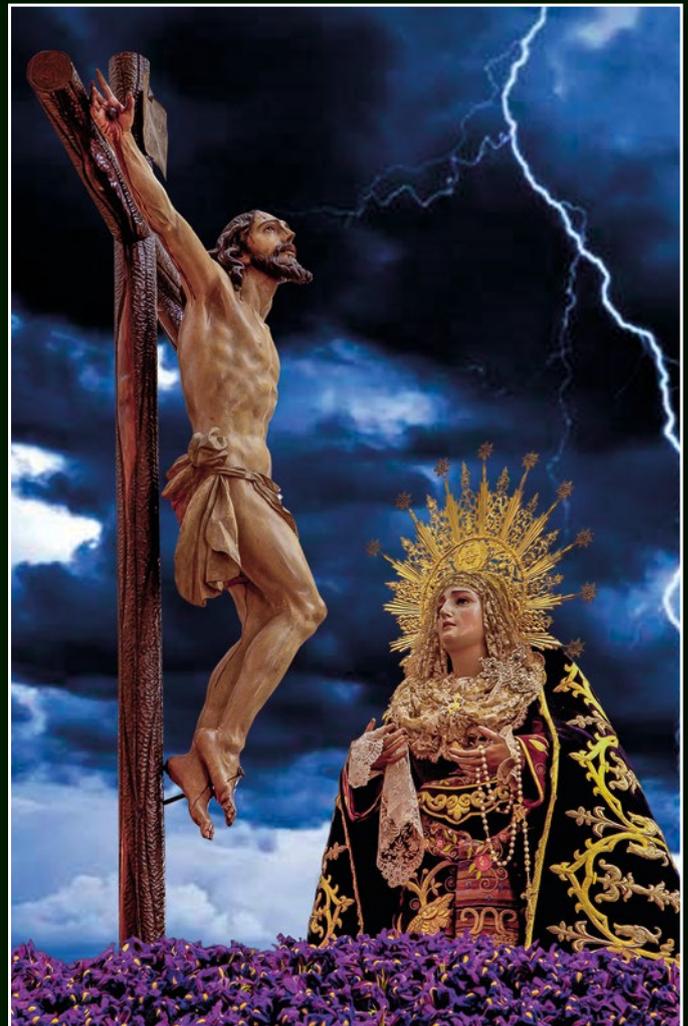
No hubo panorama más bello que este: el cielo cargado de nubes, los pecados subiendo de todos lados, la nación elegida prevaricando, casi todos los Apóstoles dispersados y lejos, pocos fieles apenas junto a la Santísima *Virgo Fidelis*, las Santas Mujeres, llorando. La Tierra entera repelente. Pero venciendo todo eso, ¡el Hombre-Dios que muere, que redime y que salva todo!

¡Qué panorama incomparable! Entonces, ¿no es verdad que después de que haya sucedido todo esto, a pesar de los pesares, la Tierra se volvió más bella? Es evidente.

Así son los panoramas: ellos existen en función de los grandes gestos y de los grandes lances más que en función de los ríos, de las montañas, de los mares, de los accidentes materiales.

En último análisis, el verdadero panorama de la Historia es la obra de Nuestro Señor Jesucristo. El resto es un cuadro, una moldura, una desarmonía sin sentido, es una invención artística sin rumbo. Es una cosa que brilla o que, al contrario, se desvanece. ❖

(Extraído de conferencia del 31/7/1982)



Gabriel K.

Perfecta armonía

En Nuestra Señora se encuentra la unidad en la variedad de los dones de Dios. Esto se ve bien en el hecho de que, siendo una, Ella se nos presenta en la variedad admirable de las invocaciones. Ella es Nuestra Señora de la Paz y Nuestra Señora de los Placeres, pero también es Nuestra Señora de los Dolores; es la Salud de los Enfermos, pero es Nuestra Señora de la Buena Muerte. En Ella todos los contrastes se armonizan. Ella es, al mismo tiempo, Auxilio de los Cristianos y Refugio de los pecadores; María es glorificada por su humildad incomparable, pero todos los videntes que tuvieron la felicidad de contemplarla comentan su soberana majestad; Ella se nos presenta *ut castrorum acies ordinata*, pero al mismo tiempo como *Mater clementiæ et misericordiæ*.

En Ella existe la perfecta armonía entre contrastes aparentemente irreconciliables: ¡Virgen y Madre! ¡Nadie es más plenamente madre que Nuestra Señora, Ella es la Madre por excelencia, ¡pero también nadie es más plenamente virgen que la Virgen por excelencia!

(Extraído de conferencia del 15/11/1958)



Dormição da Virgem
Santuário de Guadalupe